

RESCATE DE DOCUMENTOS

La batalla de Sardinal en el contexto de la Campaña Nacional de 1856-1857

Recibido: 25 de agosto, 2025

Aceptado: 17 de octubre, 2025

Por: Luko Hilje Quirós ¹, Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE). Turrialba, Costa Rica, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5171-5079>

Resumen

Aunque la primera etapa de la Campaña Nacional de 1856-1857 contra el ejército del líder filibustero William Walker se concentró en la vertiente del Pacífico de Costa Rica y Nicaragua, hubo una batalla que tuvo lugar en las llanuras del Caribe, en la desembocadura del río Sardinal, afluente del Sarapiquí. Ocurrida el 10 de abril de 1856 por la mañana, en ella se enfrentó una tropa de 100 alajuelenses, comandada por Florentino Alfaro y Rafael Orozco, con un contingente enemigo que penetró desde La Trinidad, en la confluencia de los ríos San Juan y Sarapiquí, liderado por John M. Baldwin. Tras una hora de refriega en el estero —hoy desaparecido, debido a la erosión—, ambos bandos se retiraron del lugar, considerándose vencedores los dos. Con base en los pocos testimonios existentes, más otras fuentes documentales, en este artículo se analizan el contexto histórico y el significado estratégico de dicha batalla —que representó la segunda expulsión de los filibusteros del territorio de Costa Rica—, a la vez que se reconstruyen los hechos bélicos, para entender lo realmente sucedido.

The battle of Sardinal in the context of the National Campaign of 1856-1857

Abstract

Even though the first stage of the 1856-1857 National Campaign against the army of filibuster leader William Walker was concentrated on the Pacific coast of both Costa Rica and Nicaragua, a particular battle took place on the Caribbean plains, specifically at the mouth of the Sardinal River, a tributary of the Sarapiquí River. Occurring on the morning of April 10, 1856, a troop of 100 citizens from Alajuela, commanded by Florentino Alfaro and Rafael Orozco, clashed with an enemy contingent led by John M. Baldwin, that penetrated from La Trinidad, at the confluence of the San Juan and Sarapiquí rivers. After an hour of fighting in the estuary — now gone, due to erosion— both groups withdrew, deeming themselves victorious. Based on the few existing testimonies, along with other documentary sources, this article analyzes the historical context and the strategic significance of said battle — which represented the second expulsion of the filibusters from the territory of Costa Rica—, while reconstructing the battle events to understand what really happened.

Luko Hilje Quirós. La batalla de Sardinal en el contexto de la Campaña Nacional de 1856-1857. Revista *Comunicación*. Año 46, volumen 34, número 2, julio-diciembre, 2025. Instituto Tecnológico de Costa Rica. ISSN: 0379-3974/e-ISSN1659-3820

PALABRAS CLAVE:

Filibusterismo, río Sarapiquí, Florentino Alfaro, Rafael Orozco, John M. Baldwin.

KEYWORDS:

Filibusterism, Sarapiquí River, Florentino Alfaro, Rafael Orozco, John M. Baldwin.

¹ Profesor Emérito. Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE). Turrialba, Costa Rica. luko@ice.co.cr

INTRODUCCIÓN

En Costa Rica, entre el común de los ciudadanos — incluidos numerosos docentes— persiste la noción de que la Campaña Nacional de 1856-1857 librada contra el ejército filibustero liderado por el estadounidense William Walker, se restringe a las célebres batallas de Santa Rosa y Rivas, ocurridas el 20 de marzo y el 11 de abril de 1856, respectivamente; ambos sitios se localizan en la muy seca y estacional vertiente del Pacífico, el primero en Guanacaste y el otro en Nicaragua. Por tanto, la gente ignora por completo lo acontecido en una región geográfica muy distante, como lo son las muy húmedas llanuras septentrionales del Caribe.

Este desconocimiento justificó que escribiéramos un amplio artículo (Hilje, 2023), para aportar una visión unificada de cómo los actuales cantones de Sarapiquí y San Carlos fueron clave en la defensa de la libertad y la soberanía del país. Su importancia radicó en los dos ríos homónimos que, por su navegabilidad, permitieron el desplazamiento de miembros del ejército costarricense hasta el río San Juan, para enfrentar a Walker y despojarlo de sus vapores y, con ello, desalojar a sus tropas de los cuatro puntos que le permitían enseñorearse en esa vía fluvial.

No obstante, antes de que ocurrieran las batallas navales en el San Juan, hubo una acerca de la que se ha escrito muy poco, como se capta en los principales libros referidos a los acontecimientos de la Campaña Nacional (Obregón, 1991; Montúfar, 2000; Arias, 2007; Rodríguez, 2010). Asimismo, es completamente ignorada en los libros de autores filibusteros o adeptos de Walker (Wells, 1856; Doubleday, 1886; Jamison, 1909; Scroggs, 1916; Roche, 2006; Greene, 2012). Además, persiste el desconocimiento de algunos hechos, lo que a su vez ha dado lugar a errores que distorsionan la realidad —incluso de parte de algunos historiadores— y que se han ido perpetuando, especialmente en internet.

Por tanto, para tratar de subsanar esta situación, hemos recurrido a las fuentes documentales más confiables existentes, para reconstruir y hasta reinterpretar algunos aspectos de lo acontecido en la batalla de Sardinal, ocurrida la víspera de la memorable batalla de Rivas, aunque en una región muy distante.

¿UNA INVASIÓN DESDE EL RÍO SAN JUAN?

Antes de comenzar, es pertinente indicar que, para el lector interesado, en Hilje (2023) hay abundante y detallada información acerca del contexto geopolítico de la época en que ocurrió dicha batalla, la cual proviene de los libros recién citados, más algunas otras valiosas fuentes documentales poco o nada conocidas.

Ahora bien, cuando el 1º de marzo de 1856 el presidente don Juan Rafael (Juanito) Mora Porras llamó al pueblo a las armas, se tenía plena certeza de que el ejército filibustero invadiría el país por la vertiente del Pacífico, ya fuera por vía marítima para tomar Puntarenas, o a través de la frontera con Nicaragua, por Guanacaste (Figura 1).

Cabe acotar que el Ejército Expedicionario estaba conformado por soldados profesionales —con salario estatal—, que eran miembros del ejército oficial, pero también por centenares de reclutas o milicianos, de diferentes oficios, sin formación ni destrezas militares. Así lo expresó don Juanito tras el triunfo en la batalla ocurrida en la hacienda ganadera Santa Rosa, al manifestar que “jamás cesaré de alabar la disciplina, la constancia y el valor de este improvisado ejército de labradores, de artesanos y comerciantes, en su mayor parte propietarios” (Montúfar, 2000).¹

El ejército filibustero invadió Costa Rica a través de la frontera con Nicaragua, pues las intenciones de Walker eran apoderarse de Liberia, su cabecera, para reclamar el departamento de Guanacaste como propiedad de Nicaragua y, hecho esto, declarar la llamada vía del Tránsito —el río San Juan, el lago de Nicaragua y el istmo de Rivas—, que incluía las instalaciones de la Compañía Accesorio del Tránsito, como sujetos de protección por el gobierno de EE. UU.;² dicha empresa había sido fundada por el magnate ferroviario y naviero neoyorkino Cornelius Vanderbilt, e incautada por Walker a mediados de febrero de 1856. Estos representaban elementos estratégicos para la construcción de un canal interoceánico, de inmenso valor geopolítico (Arias, 2007).

1 Esto aparece en un parte fechado el 23-III-1856 en Liberia, dirigido a Manuel José Carazo Bonilla, ministro de Guerra y Marina.

2 Así lo argumenta el historiador Raúl Arias, con base en información inédita.



Figura 1. Contexto geográfico donde ocurrió la Campaña Nacional. Modificado de Obregón (1991).

Desde fines de febrero de ese año, Walker tenía el dominio absoluto del río San Juan y sus cuatro puntos estratégicos. El primero era San Juan del Norte o Greytown —en la costa del Caribe—, que era un puerto de acceso al río, así como de abastecimiento, pues ahí llegaban reclutas, armas y provisiones de manera continua. Asimismo, a medio camino de la ruta fluvial estaba Punta Hipp (Punta de Hipp o Punto de Hipp), exactamente frente a La Trinidad, si-

tio ubicado en la confluencia del Sarapiquí con el río San Juan. Posteriormente, se erguía imponente la fortaleza del Castillo Viejo, poco después, la cual era secundada por el fuerte de San Carlos, a la entrada del lago de Nicaragua (Figura 2A-B); tan sólidas e inexpugnables fortificaciones fueron construidas por la Corona Española en la época de la colonia, para defenderse de los piratas ingleses.

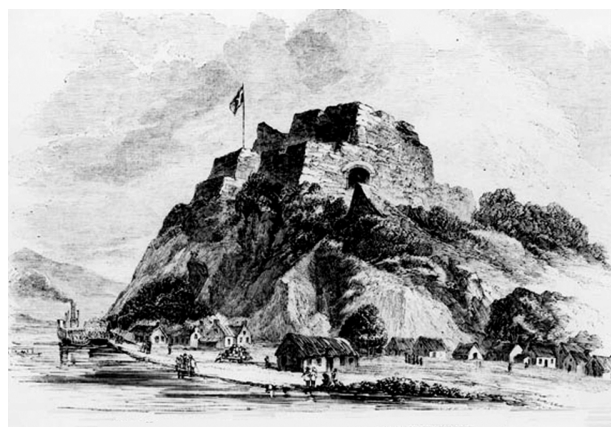


Figura 2. La fortaleza de Castillo Viejo (A) y el fuerte de San Carlos (B).

Es decir, aunque desde el río San Juan el ejército filibustero podría invadir Costa Rica valiéndose de sus dos afluentes navegables, los ríos San Carlos y Sa-

rapiquí, nuestro gobierno probablemente visualizó esto como una posibilidad muy remota o casi nula; a pesar de eso, un contingente militar permaneció

en el Valle Central como reserva, para confrontar al enemigo en caso de que llegara.³ Aunque no hemos podido hallar evidencias acerca de esa visión del gobierno en cuanto al bajo riesgo de una invasión, sostenemos que así fue, con base en las siguientes razones.

En primer lugar, esa región estaba colmada de densos e intransitables bosques vírgenes, cundidos de peligros y riesgos, lo que representaba el principal disuasivo para cualquier aventura bélica. Asimismo, además de que la distancia entre la frontera y San José es de casi 150 km —entre La Trinidad y San José—, las veredas de montaña que había eran pésimas, incluso para el tránsito de mulas, como se capta en los relatos de algunos de los viajeros y cronistas que las recorrieron en esos años, como Wagner y Scherzer (1974).

En segundo lugar, la mayoría de los filibusteros eran aventureros de origen urbano, o con experiencia militar en ambientes desérticos, desprovistos de vegetación —como en el norte de México—, y no eran diestros en pelear en entornos tropicales de este tipo; por tanto, podrían ser emboscados y aniquilados fácilmente por nuestros combatientes. Hasta lo que sabemos, lo más que penetraron en ambientes selváticos fue en las cercanías de las márgenes del río San Juan, durante las batallas del Castillo Viejo, en los primeros meses de 1857, y les fue bastante mal.

En realidad, al leer de manera cuidadosa y crítica lo que connotados historiadores como Obregón (1991) y Montúfar (2000) señalan acerca del riesgo de una invasión filibustera desde el río San Juan, en su argumentación no se percibe un sustento sólido. Por el contrario, se le menciona de manera superficial o nebulosa. A nuestro juicio, por prudencia militar, Walker nunca contempló esa posibilidad. Y, como lo discutiremos posteriormente —con base en lo enunciado por el propio Walker—, nos parece que la batalla de Sardinal no tuvo como objetivo invadir el Valle Central de Costa Rica para tomar alguna de sus principales ciudades, sino tan solo consolidar La Trinidad como uno de sus bastiones clave para fa-

vorecer el desarrollo ulterior de los acontecimientos bélicos.

LA TRINIDAD: EL PUNTO CANDENTE

Como se indicó, La Trinidad se localiza en el territorio de Costa Rica, en la desembocadura del río Sarapiquí en el San Juan, de modo que en aquel entonces representaba el punto de ingreso al país por vía fluvial (Figura 3). Por tanto, ahí debían registrarse y almacenarse de manera temporal las mercaderías que, provenientes de Europa y la costa oriental de EE. UU., llegaban a San Juan del Norte, desde donde eran transportadas en pequeños botes.

En esa localidad selvática había varios ranchos rústicos. En la ribera izquierda se erguía uno utilizado como puesto aduanal, habitado por los vigías que custodiaban la frontera, mientras que en la de la derecha sobresalían los del muy conocido botero Francisco Alvarado Mora, quien alquilaba cuartos a los viajeros que deambulaban por ahí. Asimismo, al frente, en el territorio nicaragüense, en un claro de montaña destacaban varios ranchos, pertenecientes al alemán Wilhelm Hipp, que él alquilaba como albergue a los pasajeros de los vapores que recorrían el San Juan; además, tenía un contrato con la Compañía Accesorio del Tránsito para suministrar leña para sus vapores (Herrera, 1988), a la vez que suplía de viandas y bebidas a los viajeros.

3 Según el historiador Raúl Arias, el ejército estuvo integrado por 4000 soldados, la mitad de los cuales avanzó hacia Guanacaste y Nicaragua, mientras que 1000 se estacionaron en Puntarenas y otros 1000 en el Valle Central.



Figura 3. La punta de La Trinidad, delimitada por los ríos San Juan (a la derecha) y Sarapiquí (a la izquierda).

Ese entorno acuático limítrofe varió levemente a partir de 1851, cuando Alvarado y el comerciante inglés Juan Marcial Young persuadieron al gobierno de que — por lo inadecuado del sitio y la edificación— era necesario y hasta urgente instalar el puesto aduanal en Muelle (Archivo Nacional- Gobernación- 27299, 1-VII-1855, f. 1-2v). Por tanto, ubicado unos 46 km aguas arriba, en Muelle (Figura 4) se construyó un rancho bastante grande, con funciones mixtas, de almacén fiscal y albergue para los soldados, al igual que un desembarcadero en el que pudieran atracar los botes que trasegaban mercaderías y transportaban pasajeros.⁴ Eso sí, para no dejar desprotegido el punto de La Trinidad, el gobierno decidió mantener una guardia de dos soldados ahí, que eran relevados cada semana; dado que no había camino entre Muelle y La Trinidad, es de suponer que, por comodidad, los soldados se desplazaban en botes o canoas entre ambos sitios.

Al parecer, esa situación se mantuvo así por años, sin que hubiera mayores problemas, hasta que, desde febrero de 1856, la presencia filibustera empezó a inquietar a nuestro gobierno. De hecho, el propio Walker consigna que él afirmaba que, de su ejército,

“algunas compañías ocupaban el Castillo [Viejo] y la punta de Hipp, en la desembocadura del Sarapiquí” (Walker, 1975). Aunque éste no lo revela, es evidente que Wilhelm Hipp se había convertido en un aliado clave suyo, no solo por hospedar una tropa filibustera en tan estratégico sitio, de lo cual sin duda derivaba réditos económicos, sino que también por ser un colaborador bélico, al punto de que —como se verá después— incluso ayudaría a los filibusteros en la batalla de Sardinal.

UNA CONFRONTACIÓN FALLIDA EN EL RÍO SAN JUAN

Ahora bien, la primera medida debidamente documentada de la reacción de nuestro gobierno ante la presencia filibustera en el río San Juan, data de inicios de marzo de 1856, cuando el grueso del ejército avanzaba hacia Puntarenas y Guanacaste. En efecto, según Obregón (1991), debido a que debía transitar por Atenas, don Juanito solicitó a unos emisarios que antes se desplazaran hacia la no muy lejana ciudad de San Ramón para contactar al ciudadano Francisco Martínez (Figura 5) y le pidieran que se apersonara a Atenas. Él tenía la reputación de ser el mayor conocedor de la zona norte del país, y sobre todo de la región de San Carlos; además, era un hábil carpintero, diestro en construir balsas, botes y canoas.

⁴ Las distancias referidas al río Sarapiquí fueron aportadas por Rafael Orozco, botero y empresario turístico, mientras que las pertinentes a rutas terrestres fueron calculadas por el geógrafo Nelson Arroyo.



Figura 4. La escuela de Muelle, en la parte alta de donde estuvo el antiguo embarcadero.

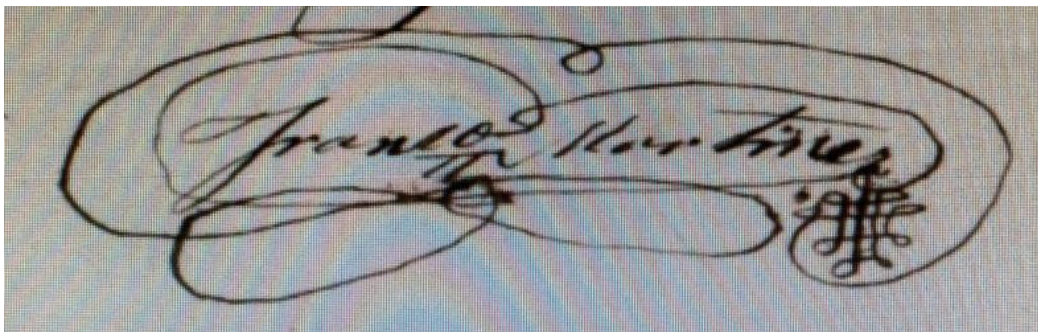


Figura 5. Firma de Francisco Martínez, en un documento enviado desde Muelle de San Carlos.

Es oportuna una digresión para consignar que, como lo documentó ampliamente von Frantzius (1862), en la búsqueda de una ruta hacia el río San Juan, junto con un séquito financiado por el español Ramón Toledo, en 1850 Martínez descubrió el río San Carlos y lo pudo navegar hasta su desembocadura en el San Juan. Desde entonces fue bautizado con su apellido un atracadero localizado en la confluencia de los ríos San Rafael y San Carlos, del cual hay un croquis en von Bülow (1854), el cual aparece en Hilje (2014).

En su reunión, en la cual muy posiblemente participaron otros miembros del Estado Mayor del ejército, don Juanito le encomendó a Martínez que, junto con los boteros que pudiera reclutar, viajara al río San Carlos y confeccionara allá seis grandes embarcaciones, en las que después navegarían hacia el río San Juan 50 hombres bien armados con fusiles, así como con un cañón. Acantonados en un punto de la ribera, tendrían la misión de impedir el tránsito de los vapores de Walker, instándolos a no continuar su travesía y, de no acatar la advertencia, se recurriría a la

fuerza (Obregón, 1991). Nos parece que esta medida de don Juanito era ilusoria, temeraria y hasta suicida, pues ese pequeño contingente podía ser liquidado rápidamente por el poder de fuego desde los vapores. De hecho, nueve meses después, en las célebres batallas del río San Juan, hubo que enviar nada menos que 700 soldados, con suficientes armas y otros implementos bélicos adecuados, y aun así resultó sumamente difícil derrotar a las huestes filibusteras.

En todo caso, el plan de don Juanito continuó, y fue así como el 16 de marzo el subsecretario Rafael G. Escalante Nava giró órdenes desde Puntarenas para que Manuel José Carazo Bonilla, ministro de Guerra y Marina, le confiriera a Martínez el grado de capitán y le entregara dinero, así como un cañón de a cuatro —es decir, que disparaba balas de hasta cuatro libras—, más un sargento y 10 soldados (Obregón, 1991). Con el capitán Florentino Zeledón Mora como subalterno, en la madrugada del 21 de marzo —un día después de la batalla de Santa Rosa, sin saber que se había ganado— ambos salían de la capital con su batallón, rumbo a San Ramón, donde se les sumarían más combatientes, para dirigirse al río San Juan.

Es oportuno acotar que Zeledón conocía muy bien la zona hacia donde se dirigían, pues había fungido como secretario de la Compañía de San Carlos; así consta en un informe suscrito por el ingeniero alemán Alexander von Bülow, tras efectuar éste un estudio exploratorio del camino existente de Alajuela a San Carlos (von Bülow, 1854). Por cierto, al final, Zeledón no viajó a San Carlos como jefe de la expedición militar, sino solo Martínez. Aunque Obregón (1991) no menciona este hecho, hay evidencias fehacientes de que, llegado a San Ramón, a Zeledón se le ordenó continuar hacia Puntarenas, para que se enrumbara hacia Nicaragua, aunque después se dirigió a Liberia, según consta en un diario del combatiente Ezequiel Herrera Zeledón.⁵

Para retornar a la expedición a San Carlos, la tropa disponía de dos carretas para el transporte del cañón y su respectivo parque, así como los fusiles de los soldados, al igual que las viandas para un mes, pues para después éstas les serían suplidas por autoridades

ramonenses y por algunos pobladores de San Carlos. Es pertinente preguntarse cómo harían para desplazar un cañón como este por una ruta tan complicada. Según von Bülow (1854), en el tramo de Alajuela a Muelle de San Carlos, de poco más de 15 leguas (unos 85 km), el camino era apto para carretas hasta la Barranca, en el actual cantón de Naranjo, entre los caseríos de Llano Bonito y Palmita. Esto hace dudar de si ese cañón pudo ser llevado hasta Muelle, para después montarlo en una balsa y así transportarlo hasta el río San Juan.

Al respecto, conviene hacer aquí una digresión para indicar que, aunque en el arsenal del ejército había varios cañones grandes y de hierro, por lo que eran muy pesados para transportarlos, en 1854-1855 se había comisionado al empresario cafetalero alemán Eduardo Wallerstein, nuestro cónsul en Inglaterra, para que adquiriera ocho cañones modernos (Obregón, 1991). Al final, pudo comprar —por cierto, a muy alto precio— dos de hierro y seis más livianos, fabricados de bronce y manganeso. Entre estos últimos sobresalieron dos “cañoncitos de montaña”, así llamados por la facilidad para llevarlos por caminos rústicos, con la inmensa ventaja de que podían transportarse sobre mulas provistas con un arnés especial; también se les denominaba “cañones de a tres”, por disparar balas de hasta tres libras (*Crónica de Costa Rica*, 10-III-1858, p. 4). Puesto que se sabe que estos dos cañoncitos se utilizaron en las batallas de Santa Rosa y Rivas (Obregón, 1991), el asignado a Martínez no era transportable en mula, pero se ignora si era de hierro, o de bronce y manganeso.

Ahora bien, no está claro si hubo un cambio súbito en el objetivo de la misión encomendada a Martínez, pues cuatro días después de la partida del batallón, con fecha 25 de marzo, el vicepresidente Francisco María Oreámunio Bonilla —presidente en ejercicio— le escribió a Martínez para que, por sugerencia de don Juanito, averiguara si había una vereda que conectara el Castillo Viejo con el río San Carlos (Obregón, 1991). Asimismo, le comentaba que —ya enterados de la victoria en Santa Rosa—, en su huida, numerosos filibusteros podrían recalar en el río San Juan, y podría topárselos ahí.

En realidad, eso no ocurrió, aunque Martínez sí escuchó el infundado rumor de que la boca del río

5 Este diario, inédito, está en poder de su descendiente Ana Isabel Herrera.

San Carlos, donde está el islote Providencia, estaba en manos filibusteras (Figura 6A). Por tanto, prefirió permanecer en Muelle (Figura 6B), a unos 88 km de allí, dedicado a construir embarcaciones, que utilizaría para explorar la posibilidad de aproximarse a la ribera del Castillo Viejo y tomarlo desde tierra, ya

que hacerlo por agua era muy complicado (Obregón, 1991); en efecto, además de que esa edificación está en territorio nicaragüense, en sus cercanías hay muy fuertes raudales, peligrosos sobre todo para embarcaciones hechas y frágiles.



Figura 6. Desembocadura del río San Carlos (a la derecha) en el San Juan, con el islote Providencia hacia el centro (A), así como el punto donde estuvo Muelle (en primer plano), en la confluencia de los ríos San Carlos (a la izquierda) y San Rafael (a la derecha) (B).

Como refuerzo de la tropa de Martínez, el día 30 partió de la capital un batallón de 50 soldados, al mando del teniente Jacinto Pérez. Asimismo, dos días después el gobierno nombró al teniente coronel Pío Alvarado como comandante del grupo expedicionario. Llegado allá, éste le encomendó al ramonense Ramón Rodríguez y a una comitiva de seis soldados que efectuaran una exploración a partir del río San Carlos y hacia el Castillo Viejo, pero, tras un extenso recorrido, la presencia de objetos domésticos pertenecientes a los temibles indios guatusos o malekus los disuadió de continuar su periplo.

A falta de más información de parte de Obregón (1991) —en el caso de Montúfar (2000), omite por completo la misión encomendada a Martínez, de la cual Walker ni siquiera se enteró—, pareciera que fue de esta manera como expiró el fallido plan de don Juanito de aproximarse al Castillo Viejo a partir del río San Carlos, lo cual de seguro hubiera sido suicida. No obstante, la idea persistió en las mentes de los miembros del Estado Mayor del ejército, pues se haría un nuevo intento de exploración en diciembre de 1856, encomendado al propio Pío Alvarado, con la diferencia de que esta segunda vez los guatusos sí aparecieron, flechas y lanzas en mano, por lo que

Alvarado y colaboradores debieron poner pies en polvorosa para poder salir ilesos de ahí.

¡CAMBIAN LAS CIRCUNSTANCIAS!

Entre febrero y marzo de 1856, en Costa Rica se vivía un estado de tensión y crispación. Asimismo, en los altos mandos del gobierno por entonces había una gran preocupación por la incomunicación que se tenía con el exterior, sobre todo en una coyuntura prebélica.

Cabe aquí un paréntesis, para señalar que el correo que llegaba a Costa Rica desde Europa ingresaba por San Juan del Norte (Figura 7A-B), por lo que cada quincena un posta o cartero debía desplazarse hasta allá, desde San José, para recogerlo.

No obstante, el viaje correspondiente a la segunda quincena de febrero resultó fallido pues, como lo informó la prensa: “Anoche a las diez llegó el posta de San Juan del Norte sin correspondencia. A pesar de haber aguardado 72 horas, el vapor inglés no había llegado aún” (*Boletín Oficial*, 23-II-1856, No. 174, p. 368). Es posible que lo enviaran de nuevo pocos días después, para no estar sin noticias durante toda una quincena.

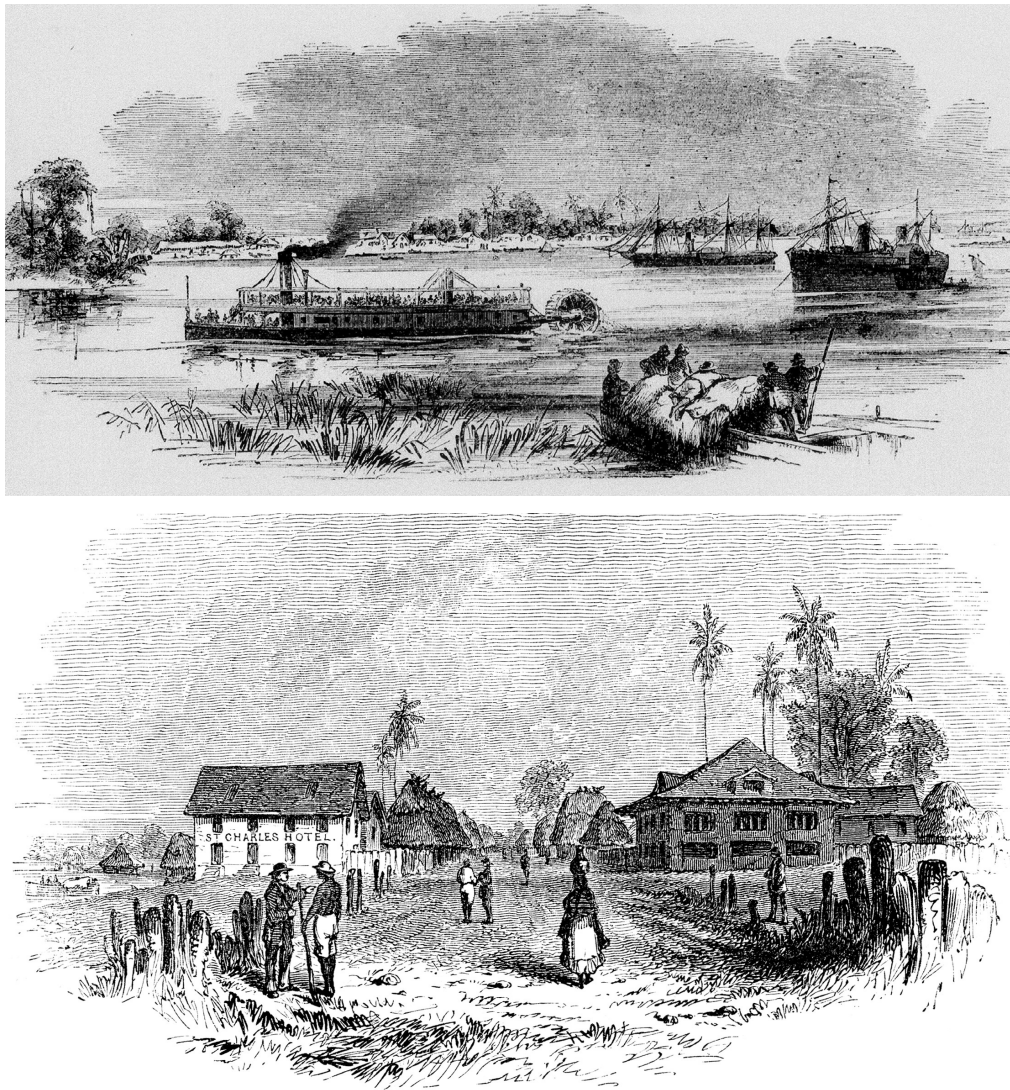


Figura 7. Embarcaciones en el fondeadero de San Juan del Norte (A), así como un aspecto del puerto, en 1855 (B).

Empero, el siguiente mensaje revela que la incomunicación persistió: “1° de marzo- No ha llegado aún el [correo] de Europa por la vía de Sarapiquí, pero por el vapor Emilia, venido de Panamá el 4 del corriente, tenemos noticias de Inglaterra hasta el 2 de febrero” (*Boletín Oficial*, 8-III-1856, No. 177, p. 380). El citado vapor hacía escala en Puntarenas, y traía carga y documentos llegados de Europa al puerto de Colón (Aspinwall), en el Caribe, y después eran trasladados hasta la ciudad de Panamá por el tren de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, inaugurado a inicios de 1855 (León, 1997).

Nótese que había trascurrido poco más de un mes sin noticias. Sin embargo, pocos días después, en San Juan del Norte, sin que hubiera disparos aún, se romperían los fuegos, lo cual hemos podido reconstruir gracias a un amplio informe de un corresponsal anónimo (*Boletín Oficial*, 26-IV-1856, No. 187, pp. 419-420).

No obstante, antes es necesaria una digresión para indicar que, como resultado de una misión sumamente delicada, se estaba a la espera del arribo a dicho puerto del experto militar Pedro Barillier, a quien Adolphe Marie —secretario personal de don Juanito—, tenía el deber de reclutar en Francia, para lo cual nuestro

gobierno lo había enviado como emisario. Es oportuno señalar que Barillier, quien había destacado en la reciente guerra de Crimea, fue el único militar extranjero contratado por el gobierno. Tiempo después le apodarían el “Zuavo”, por el tipo de indumentaria militar que usaba, propia de los soldados franceses de infantería —argelinos, más bien— destacados en África durante la época colonial.

Pues, bien, Marie y Barillier arribaron el 14 de marzo en el vapor *Hermus* (¿*Hermes*?), día en que en San Juan del Norte se habían conocido las declaratorias de guerra mutuas entre Walker y don Juanito. Es muy posible que, dada la confidencialidad de su misión, se enrumbaran hacia Costa Rica tan pronto como les fue posible. Es de suponer que los transportó el bote Francisco Alvarado, quien ofrecía esos servicios entre San Juan del Norte y La Trinidad, donde residía, y era un hombre de plena confianza del gobierno, al punto de que meses después sobresaldría como combatiente (Hilje, 2023). El citado corresponsal menciona cómo se transportaron, pero sí relata lo siguiente, y de manera muy vívida:

El mismo día también, el Sr. Don Adolfo Marie, escritor muy conocido en Centro-América, y recién llegado de Europa por el vapor de la Mala Real Inglesa, se marchó para Costa-Rica; pero algunas horas después de su salida, una embarcación llena de americanos, todos armados, salió de los establecimientos de la Compañía del Tránsito, despachada por Mr. [Joseph N.] Scott, agente general de esta Compañía, últimamente nombrado Capitán en el ejército de Walker. Se había enviado esta embarcación con la misión de prender al Sr. Don Adolfo Marie y a un Oficial francés que le acompañaba.

Con todo, no se consiguió este objeto. Pero el bote de la Compañía llevaba la orden a un puesto de 25 hombres armados, colocados por Scott dos días antes en la confluencia del Sarapiquí, en el lugar llamado Hipp's Point, de tomar la correspondencia de Europa destinada a Costa-Rica, la cual debía ser despachada de Greytown el 14 por la tarde.

Con efecto, el posta encargado de llevar la correspondencia europea fue arrestado a mano armada por los hombres apostados en la embocadura del Sarapiquí.

Los ciudadanos de Costa-Rica residentes en Greytown fueron inmediatamente a quejarse al Señor Comandante de la fragata de S. M. B. la *Eurydice*, quien, en el interés del comercio inglés, francés y sardo [de Cerdeña], gravemente comprometido por tamaño atentado, pasó una nota formal al jefe de los hombres armados que habían tomado la correspondencia, con intimación de restituirla inmediatamente a los portadores de la orden. En el momento en que escribimos estos renglones, no se tienen aún noticias de esta intimación.

En realidad, en esos días San Juan del Norte bullía de filibusteros, pues desde inicios de marzo habían estado llegando vapores desde la costa oriental de EE. UU. Al respecto, el corresponsal menciona el arribo de 950 mercenarios entre el 4 y el 18 de marzo, a bordo de los vapores *Northern Light* (350), *Star of the West* (260), *Daniel Webster* (180) y *Prometheus* (160), los dos primeros procedentes de Nueva York, y los otros dos de Nueva Orleans. Se percibía en ellos gran avidez por empezar a guerrear. Advertidos de que podían ser atacados por los costarricenses durante su travesía hasta el cuartel de Walker en Granada, profirieron “estrepitosos hurrahs!”, presagiándose mutuamente la victoria y una fortuna segura para cada uno de ellos”, espoleados por la oferta de Walker de otorgarles abundantes tierras y dinero. Asimismo, tan prepotentes y optimistas venían que, según el corresponsal, “cuentan estos con el triunfo, y aseguran que antes de un mes se habrán apoderado de los cinco estados de la América Central”.

Para retornar a los acontecimientos en las cercanías de La Trinidad, es posible que Marie y Barillier se escabulleran sin siquiera enterarse de que estuvieron a punto de ser capturados, quizás gracias a que el bote que los perseguía no se atrevió a remontar las aguas del río Sarapiquí. Lo cierto es que, tras iniciar en Muelle la travesía en mula por el muy peligroso camino de Sarapiquí, llegaron a San José varios días después. Aunque para entonces nuestro ejército ya

había partido, pues lo hizo a inicios de marzo, ellos se les unieron cuando ya estaba en Rivas; lamentablemente, Marie nunca regresaría a la capital, pues moriría en Liberia, afectado por el cólera morbus, junto con numerosos combatientes, después de la batalla de Rivas (Obregón, 1991).

Ahora bien, aunque Marie y Barillier se libraron de sus persecutores al llegar a La Trinidad, no ocurrió lo mismo con la correspondencia que venía en el vapor que los transportó a ellos, pues fue retenida por la tropa filibustera que se había instalado en territorio de Costa Rica, “en la embocadura del Sarapiquí”, en palabras del corresponsal. Ello explica que, días después, el cartero Manuel Gutiérrez retornara a la capital con las manos vacías, sin los fardos del correo. Eso sí, en vez de la correspondencia, traía consigo un papel que, suscrito por el filibustero John M. Baldwin, autodenominado “Teniente Comandante de la horqueta [juntura] de los ríos San Juan y Cherepíquí [Sarapiquí]”, decía (Obregón, 1991):

Hipp's Point y 18 de marzo de 1856. - Certificado haber quitado a Manuel Cucheres [Gutiérrez] el día 16 del corriente todos los costales del correo que llevaba dirigiéndose a San José, capital de la República de Costa Rica: dichos costales los traía de San Juan del Norte. Doy este certificado para que el Administrador de correos de dicha República no venga a creer que él los había abierto o robado.

Para que Baldwin actuara con tal insolencia, es de suponer que en ese momento no estaban en La Trinidad los dos soldados que debían vigilar ese punto fronterizo, o quizás llegó ahí con su tropa de 25 hombres bien armados e intimidó a dichos guardianes, pues es claro que nadie le opuso resistencia. Nótese que Baldwin no menciona el topónimo La Trinidad, pero lo cierto es que para los filibusteros La Trinidad y Punta Hipp eran equivalentes. Asimismo, las dos fechas mencionadas por Baldwin no coinciden con la consignada por el corresponsal, pero esto no es tan importante.

Aunque se podría decir que en tiempos bélicos todo es válido, y que la incautación de la correspondencia del enemigo es parte de la llamada guerra de inteli-

gencia o de información, la altanería con que Baldwin actuó equivalía a una declaratoria de guerra, pues con tan arbitrario acto se violó la confidencialidad de la sensible correspondencia gubernamental, así como la privacidad de aquellos ciudadanos que utilizaban el correo con fines personales. Asimismo, su actuación no solo representaba una reafirmación de la declaratoria de guerra que el presidente Patricio Rivas —títere de Walker— había hecho el 11 de marzo, sino que también era una evidencia inequívoca de que Baldwin y su destacamento habían cruzado el San Juan desde Punta Hipp, donde se habían instalado dos días antes, para decomisar la correspondencia y asentarse en La Trinidad, en el territorio de Costa Rica. O, dicho de otra manera, nuestro país había sido invadido por una tropa filibustera, y se suponía que pronto penetrarían al interior del país.

Ahora bien, para entonces en el país, y especialmente en el Valle Central, la ciudadanía vivía en tal estado de temor, que cualquier rumor adquiriría visos de realidad. Además, dado que en esas fechas se celebraba la Semana Santa, es posible que entre el cuchicheo de quienes se congregaban en los luctuosos oficios religiosos y las procesiones, así como en las conversaciones domésticas y en las callejeras, se magnificara lo que ocurría o podría ocurrir. Tanto fue así que el día 21, Viernes Santo, corrió el grave rumor de que pronto sobrevendría una invasión por la ruta de Sarapiquí, y que, en primer lugar, representaba un serio peligro para los pobladores de Alajuela y Heredia (Obregón, 1991). Esto obedecía a la ubicación geográfica de ambas ciudades pues, tras cruzar las llanuras de Sarapiquí y alcanzar las alturas de la Cordillera Volcánica Central, se llegaba al caserío de Vara Blanca, donde el camino se bifurcaba hacia el suroeste para dirigirse a Alajuela y hacia el sureste con rumbo a Heredia.

Antes de continuar, es pertinente un paréntesis para indicar que, al quedar La Trinidad en manos enemigas, Costa Rica permaneció totalmente incomunicada con Europa por más de medio año. Por tanto, fue urgente recurrir a otra ruta para el trasiego de la correspondencia. En efecto, se buscó una vía alterna por Panamá (*Boletín Oficial*, 26-IV-1856, No. 187, p. 422), a través del puerto de Colón. A cargo de William Nelson —estadounidense, pero amigo de Costa Rica—, agente de la Compañía del Ferrocarril de

Panamá, la correspondencia era conducida primero por tren hacia la ciudad de Panamá, y después por barco hasta Puntarenas, donde la recibía el cónsul inglés Allan Wallis.

ANTE LA INMINENTE AMENAZA

Que la presencia del enemigo en La Trinidad representara o no el riesgo de una eventual invasión del territorio nacional, para tomar ciudades clave del Valle Central, como Alajuela, Heredia o San José (Figura 8), es un asunto debatible. Pero lo que no podía demorarse era responder ante la inminente amenaza de que ya ocupaban un punto de nuestra propia geografía. Por tanto, había que actuar con celeridad y de manera expedita.



Figura 8. Croquis de la ruta terrestre de Sarapiquí a mediados del siglo XIX, en el que se observa su conexión con las principales ciudades del Valle Central.

Es pertinente destacar que, separados por unos 36 km, por razones fiscales o aduanales, en la ruta de Sarapiquí se contaba con dos puestos militares, con 25 hombres cada uno, y comandados por los capitanes Pedro Porras Bolandi —primo hermano de don Juanito— y Francisco González Brenes, respectivamente (Obregón, 1991). Aunque del primero, instalado en Muelle, hay detalles importantes, como se vio en páginas previas, del segundo, localizado en Cariblanco, se carece por completo de información. Llama la atención que en ninguno de los relatos de los viajeros y cronistas que recorrieron dicha ruta en esos años haya menciones de la guarnición militar de Cariblanco. Por ejemplo, Wagner y Scherzer (1974), quienes pasaron por ahí en 1853, dirían que “Cariblanco es un rancho abierto, como todas las chozas que habíamos encontrado en el camino. Se encuentra a bastante altura de la montaña, en un lugar aclarado de la selva”. Es decir, ahí no había más que ese rancho, lo cual confirmó en 1857 el botánico alemán Hermann Wendland (Dowe y Hilje, 2023).

Por tanto, era urgente conformar un batallón que se desplazara con celeridad a Sarapiquí. Para ello se designó como comandantes militares de Heredia y Alajuela a José María Zamora y Florentino Alfaro Zamora (Figura 9), respectivamente, con el fin de reclutar 150 combatientes (Obregón, 1991). Sin embargo, quizás por la premura de la situación, los planes mutaron. Fue así como Alfaro fue convocado por el ministro Carazo a San José, donde acordaron que al medio centenar de soldados residentes en Sarapiquí se le sumaran solo 50 combatientes, provenientes de Alajuela, debido a que eran quienes estaban más familiarizados con la agreste región de Sarapiquí. Esto era así porque en aquella época había una vereda rústica que —como recién se indicó— comunicaba la ciudad de Alajuela con Vara Blanca —que es casi la misma existente hoy—, desde donde se descendía hacia las planicies de Sarapiquí y después se tomaba hacia el noreste, para llegar a Muelle.



Figura 9. El general Florentino Alfaro.

Es oportuno un paréntesis para destacar que Alfaro, quien en años recientes había fungido como gobernador de Alajuela, tenía a su haber una amplia y reconocida carrera militar y de servicio público, detallada en Fernández (2008). Nacido en 1805, recién había cumplido 51 años, de modo que era un militar veterano, pero él mismo se ofreció para ir a defender la patria.

Para retornar a los preparativos bélicos, días después, al fin de cuentas el batallón de 100 soldados se con-

centró en la edificación aduanal que había en Muelle, a las órdenes del general Alfaro, secundado por el teniente coronel Rafael Orozco Rojas.

Como se indicó previamente, Muelle dista unos 46 km de La Trinidad (Figura 10A), un trayecto que a favor de corriente y con buena maniobrabilidad se podía navegar en unas cinco horas en bote; de Muelle a Sardinal, ese tramo se recorre en hora y media.



Figura 10. La punta de La Trinidad (A), así como su ubicación (marcada con una flecha, a la izquierda) en la desembocadura del río Sarapiquí (B). En B, al frente se observan el río San Juan y donde estuvo Punta Hipp, en territorio de Nicaragua.

En cuanto a botes, había algunos en Muelle, y en pocos días pudieron haber confeccionado otros más, así como balsas. Sin embargo, arribar a La Trinidad en embarcaciones hubiera sido suicida, pues los filibusteros las podían detectar fácilmente, tanto desde la propia punta como desde Punta Hipp (Figura 10B), así como atacarlas desde tierra, bien atrincherados y con sofisticado armamento, que de seguro incluía cañones.

Debe recordarse que, además de las sólidas balas que permiten destruir embarcaciones y edificaciones, con un cañón también se puede disparar metralla, que consiste en un bote de hojalata o un saco de tela lleno de balas o trozos de metal, que al ser disparado hace que éstos se desplacen por el aire, causando muertes y destrucción.⁶ Por su parte, los costarricenses estaban en inferioridad de condiciones, pues cada uno portaba un fusil y un puñal, y “se procuraría que llevarsen también pistolas” (Obregón, 1991), lo cual se ignora si ocurrió así.

Ante esta encrucijada, optaron por desplazarse por tierra, lo cual no solo era mucho más lento, sino que también sumamente laborioso y fatigoso, pues había que abrirse paso entre la espesa e incómoda vegetación de la ribera izquierda del río Sarapiquí. Por tanto, con sus machetes empezaron a hacer una picada, para lo cual es de suponer que, para ser más eficientes, establecieron cuadrillas que se turnaban en sus labores. Y, tan denodada fue su labor, que al anochecer el 9 de abril habían avanzado unos 18 kilómetros, una faena realmente tremenda, pues esa

distancia equivale a la travesía entre las ciudades de San José y Alajuela hoy.

Hasta ahí, todo iba bien. Estaban en la desembocadura del río Sardinal (Figura 11A-B), de poco caudal, y donde había un pequeño estero. Sin embargo, esa noche, mientras pernoctaban exhaustos en un playón del estero, no imaginaban que al día siguiente serían atacados por una tropa filibustera que ya venía en camino desde La Trinidad.

En B, nótese el contraste entre la tonalidad de las aguas de ambos ríos.

LAS VERSIONES DEL BANDO FILIBUSTERO

Por fortuna, se cuenta con un relato de los hechos desde la óptica de los filibusteros (Anónimo, 1856), en un artículo periodístico acerca de la batalla de Sardinal, aunque con un título que no alude a ella, pues se denomina *Confluencia del Sarapiquí con el San Juan*; de hecho, el topónimo Sardinal no aparece del todo en dicho relato. Fue publicado el 21 de junio de 1856 en la famosa revista gráfica *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*, y está precedido por un grabado de La Trinidad (Figura 12), como se menciona en el propio texto.

Es oportuno un paréntesis para referirnos a esa imagen, que es confusa. A primera vista uno tiende a pensar que el río de la izquierda es el Sarapiquí, y que el dibujante trazó un boceto desde un bote ubicado en el río San Juan. Por tanto, los dos ranchos muestra-



Figura 11. Boca del río Sardinal, vista desde el Sarapiquí (A), así como desde su margen izquierda (B).

6 Información aportada por Werner Korte, experto en armas.

dos en primer plano corresponderían a los del botero Francisco Alvarado, y el del frente estaría en la punta de La Trinidad, donde por entonces nuestro gobierno tenía un rancho rústico, para los soldados que vigilaban la frontera. Sin embargo, en dicha punta lo que se observa es un rancho bien construido y grande, complementado con una extensa valla de troncos y la bandera de EE. UU. ondeando en un asta, lo cual

indica que más bien era uno de los varios albergues que Wilhelm Hipp alquilaba a los viajeros. Es decir, lo que pareciera La Trinidad es más bien Punta Hipp —que era lo que el artista realmente deseaba resaltar para los lectores estadounidenses—, en territorio de Nicaragua, de modo que trazó el boceto desde un ángulo adecuado, pareciera que desde la esquina donde residía Alvarado.

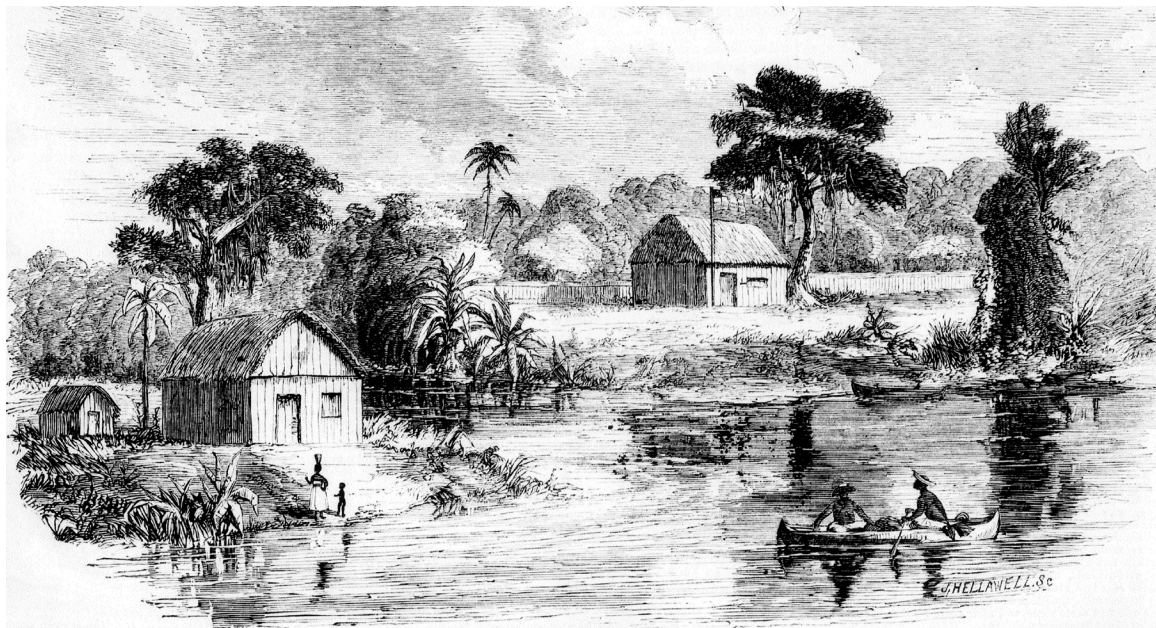


Figura 12. Confluencia de los ríos Sarapiquí y San Juan, con un albergue de Hipp al fondo.

Para retornar al artículo anónimo, aunque relativamente breve, tiene un gran valor testimonial —correcto o no—, por lo que lo traducimos y transcribimos completo aquí. Dice así:

El Sarapiquí es un pequeño tributario del río San Juan, que nace cerca de la frontera norte de Costa Rica. Es navegable por pequeños botes (bongos), que a veces se utilizan como medio de transporte para llegar a La Virgen y Castillo [Viejo], en el San Juan.

Aunque se ha propagado la idea de que los paisajes de Costa Rica y Nicaragua carecen de interés, y que el aire nocturno cerca de sus ríos es muy perjudicial para la salud, esto es totalmente infundado. Ningún lugar del mundo muestra paisajes más hermosos que en estos ríos centroamericanos, y en ningún

otro lugar el aire nocturno es más agradable para el ser humano. Después que soportar los lánguidos calores del día, los habitantes encuentran en la vigorizante brisa marina nocturna que recorre esta región, el bálsamo perfecto para la salud y la fortaleza. La imagen que ofrecemos de la confluencia del Sarapiquí con el San Juan da una idea fiel de la naturaleza del paisaje de los alrededores; nada podría ser más agradable, así como sutilmente pintoresco.

Además de las bellezas naturales del paisaje, este paraje es merecidamente famoso por ser el sitio donde el capitán John M. Baldwin y una compañía de 30 hombres interceptaron la correspondencia costarricense e inglesa transportada por el río San Juan, Nicaragua,

a través del río Sarapiquí, única vía de comunicación de Costa Rica con el mar Atlántico.

El capitán Baldwin y su tropa se encontraban en Punta Hipp, expectantes de manera permanente ante un posible ataque de la división oriental del ejército costarricense a través del río Sarapiquí.

El 8 de abril, remontó el río con una división voluntaria de 21 hombres, acompañados por el primer teniente J. B. Green y Rakes-traw, teniente segundo. La falta de canoas para transportar a todo el contingente los obligó a dividirse, de modo que un grupo se desplazó por tierra, al abrir con sus machetes una vereda en la ribera del río. Fue así como avanzaron 16 millas [26 km] río arriba durante los días 8 y 9, quedándoles nueve millas [15 km] para llegar al Moro [Muelle], puesto militar costarricense, a 65 millas [104 km], y punto de partida para navegar en el río.

En la mañana del día 10, el capitán Baldwin decidió subir a toda su tropa en dos botes. Lo hizo acarreándolo por grupos, desembarcándolos más o menos una milla adelante y regresando por el resto, en varios viajes. Hecho esto, con quince hombres en las dos canoas y dejando siete abajo, con arrojo remontó un río rápido y desconocido, ubicado en territorio enemigo, hasta alcanzar un punto cuatro millas [6 km] más adelante, donde se veía humo —como el de un posible campamento enemigo—, que formaba espirales al elevarse desde el denso bosque de la margen derecha [izquierda] del río. “¡Una fogata! ¡El enemigo!”, gritaron sus hombres. “¡Quien llegue allá, que les abra fuego primero!”, profirió el capitán Baldwin, y se desató entonces una fiera competencia a los remos, entre los botes.

Al acercarse al sitio, que estaba en un ángulo agudo del río, y dar la vuelta en la punta, fue posible ver al enemigo: unos 200 o 300 hombres, acampando. Además, a tan solo 20 o 30 pasos de distancia, la estrecha

desembocadura de un arroyo separaba a los estadounidenses de los costarricenses.

El enemigo se percató de lo que ocurría al recibir la descarga de 12 mosquetes y una ráfaga de revólveres Colt. Una segunda descarga de mosquetes les cayó antes de que pudieran tomar sus armas y formarse en la ribera del riachuelo, a 20 o 30 pies [6 o 9 m] de la tropa del capitán Baldwin; nueve de sus soldados treparon por la alta y resbaladiza ribera del río, para alcanzar la meseta.

Unos doscientos mosquetes ingleses que disparaban balas Minié, abrieron fuego contra la pequeña pero impávida e intrépida tropa. El capitán Baldwin permaneció a plena vista sobre la ribera, y con su uniforme atraía la atención e incitaba a la muerte, sin que se le pudiera persuadir de que cambiara de posición, mientras los centenares de balas de plomo dirigidas a él silbaban cerca de él, e incluso arrancaban fragmentos de suelo alrededor suyo; y él, indiferente al peligro, animaba a sus hombres, riéndose burlonamente del enemigo, a la vez que estaba furioso porque su Colt se había empapado y no disparaba.

Así comenzó el combate, pero en pocos minutos, entre 50 y 100 disparos atravesaron el chaparral [la espesura] desde la retaguardia de los estadounidenses, donde un grupo del batallón enemigo estaba abriendo a machete una vereda militar en la ribera del río.

Entonces la valiente tropa tuvo que dividir su atención y, literalmente, “luchó a derecha e izquierda”. Así progresó la batalla: ya fuera cargando por el sendero, para espantar a los de abajo en el chaparral [la espesura], o disparando a la izquierda —a través de la desembocadura del arroyo—, donde el enemigo caía muerto a cada disparo de los estadounidenses. Transcurrida una media hora, el enemigo disminuyó el fuego y comenzó a retirarse en escuadras y dispersarse en el chaparral [la espesura].

Después de una hora, no se oía ni veía enemigo alguno, excepto los 30 o 40 muertos que no pudieron llevarse con ellos. El arroyo impidió su persecución, y la prudencia dictaba retirarse. Tras permanecer un rato en el campo, el repliegue se ejecutó en buen orden, dejando muerto en el campo al teniente segundo Rakestraw, un valiente y gallardo oficial.

Al darse la orden de que los botes retornaran río abajo, no hubo medios para recoger su cadáver y poder enterrarlo. La bala de Minié que lo mató fue disparada desde una emboscada, y tan cerca, que la pólvora quemó su ropa. Le atravesó la cadera, e impactó en el pecho izquierdo al teniente primero Green, un oficial valiente e intrépido; aunque lo derribó, la herida fue leve. Estas fueron las únicas bajas del audaz, intrépido y valiente grupo del capitán Baldwin.

Esta exitosa expedición, analizada en todos sus alcances, con mil y una indescriptibles circunstancias que perturbaron y disminuyeron la eficiencia de quienes la dirigieron, como la fatiga, la falta de sueño, las ropas embarrialadas y rotas en el chaparral [la espesura], las armas enlodadas y empapadas, así como el vadeo o nado de arroyos, la escasez de combatientes y las abrumadoras probabilidades adversas debido a un enemigo mejor armado, debe considerarse como algo sin paralelo en los anales de la guerra. Además, debe representar un honor dorado y perdurable para el capitán John M. Baldwin, quien la dirigió, así como para el primer teniente J. B. Green y los hombres que tuvieron el privilegio de participar en ella.

Ahora bien, cuatro años después, cuando Walker escribió el libro *La guerra en Nicaragua* —publicado a inicios de 1860—, casi no dio importancia a la batalla de Sardinal; de hecho, al igual que en el relato previo, no menciona del todo el topónimo Sardinal. Todo cuanto refirió acerca de ella, posiblemente informado por Baldwin, fue muy escueto.

En sus palabras,

una columna de 250 costarricenses fue enviada al río Sarapiquí para cortar las comunicaciones de Walker por el río San Juan. El capitán Baldwin, oficial acucioso e inteligente, se hallaba en la punta de Hipp cuando supo que el enemigo estaba abriendo un camino para salir al río. No esperó su llegada, sino que se fue aguas arriba del Sarapiquí y atacó vigorosamente a los costarricenses que venían abriendo el camino y los rechazó, causándoles muchas bajas y poniéndolos en sumo desorden. En cuanto a él, tuvo un muerto, el teniente Rakestraw, y dos heridos. El enemigo dejó más de veinte muertos en el campo. Este combate del Sarapiquí fue el 10 de abril y los costarricenses en derrota no pararon en su fuga hasta San José.

Nótese que, en contraste con el testimonio previo, que indica que Baldwin estaba expectante ante un posible ataque, él afirma que éste sabía que los nuestros estaban abriendo una picada en la ribera del río. Al respecto, en esas apacibles y silenciosas soledades, donde al grato rumor del río lo único que se suma como sonidos son los roncós bramidos de los monos congos y las vocalizaciones de las numerosas especies de aves que habitan el bosque aledaño, sin duda que el incesante y ruido metálico de los machetes delataba la presencia de la tropa. Por tanto, es posible que algún botero que pasara por ahí, y amigo de Wilhelm Hipp —esto es tan solo una suposición— lo narrara al llegar a la desembocadura, y éste informó a Baldwin acerca del peligro que eso representaba, por lo que éste reunió a su tropa para navegar aguas arriba y repeler a nuestros compatriotas.

Para concluir esta sección, en relación con los personajes mencionados, no se cuenta con datos biográficos de William Rakestraw, pero sí de los otros dos (Jiménez, 2018). De manera muy resumida, John M. Baldwin nació en México en 1829, por lo que frisaba los 27 años cuando ocurrió la batalla de Sardinal. Había llegado a Nicaragua en octubre de 1855, y ascendió rápidamente en los batallones de infantería, e incluso se convirtió en fiscal general de Hacienda en dicho país; sobrevivió a la guerra. Por su parte, John B. Green se había enrolado en el ejército filibustero en diciembre de 1855, y también escaló con celeri-

dad en los cuerpos de infantería; moriría en combate en Masaya, en noviembre de 1856.

LA VERSIÓN COSTARRICENSE DE LOS HECHOS

En el caso de la versión costarricense, los hechos bélicos de esa mañana quedaron descritos en cuatro documentos, que aparecen transcritos a continuación.

El primero corresponde a un parte de guerra redactado ese mismo día desde Muelle por el teniente coronel Rafael Orozco, quien tuvo que asumir la jefatura del batallón después de que el general Florentino Alfaro resultó herido. Fue publicado tres días después, como un alcance o suplemento del medio oficial del gobierno (*Boletín Oficial*, 13-IV-56, No. 183-Alcance, p. 1). Dirigido al “*Señor Comandante General del interior*”, es posible que éste fuera el general José Montero Sáenz, quien en esos días fungía como comandante del Cuartel General, en la capital (Archivo Nacional- Ejército- Orden Militar- Servicio de Campaña, 18-III-1856).

Hoy a las ocho de la mañana cuando nuestras fuerzas trabajaban en el puerto del Estero del Sardinal, se presentó el enemigo, parte por tierra y parte en cuatro embarcaciones grandes, y dos pequeñas, que contaba en todo una fuerza de más de cien hombres, y favorecidos por los de tierra intentaron el desembarco que nosotros tratamos de impedir, empuñando una terrible lucha a la arma de fuego porque desgraciadamente el Estero del Sardinal que nos separaba de una parte de ellos nos impedía entablar lucha con otra arma. En este momento fue gravemente herido en el brazo derecho el General don Florentino Alfaro, que con parte de la poca fuerza disponible que teníamos allí se empeñaba en acometer de cerca al enemigo, quedando yo con la poca fuerza de mi mando haciendo frente hasta el reembarque y total derrota del enemigo.

Nuestras pérdidas son pocas, pues no contamos más que un cabo muerto y como diez

soldados heridos. Es de sentirse la gravedad del Señor General.

El enemigo perdió en tierra cuatro hombres y muchos en el agua, con una piragua más que echamos totalmente a pique con la gente que tenía; no pudimos tomarles más que un rifle porque los demás los arrojaron al río.

Yo he ingresado a este Muelle, porque hasta ahora los puntos del río están muy indefensos para la poca fuerza que contamos y dispuesto a aguardar las órdenes que el Supremo Gobierno se sirva comunicarme.

El Señor General gravemente dañado se ha dirigido hoy mismo para el interior, acompañado por el Señor Cirujano y el Teniente Don Evaristo Fernández y una escolta que ha ido a conducirlo a él y los otros heridos, con lo cual queda muy disminuida esta fuerza hasta el número solo de ochenta hombres.

Recomiendo mucho, tanto a los Señores Oficiales, como a los pocos soldados y Capitán González que pelearon con decisión, y muy especialmente el Señor General, que de puro arrojado sufrió su herida, también el celo con que el Señor Cirujano nos ha acompañado en nuestra campaña.

Lo expuesto, Señor, se servirá elevarlo al alto conocimiento del Supremo Gobierno para su superior resolución, mientras tanto yo me hago la honra de suscribirme del Señor General, seguro servidor.

El segundo documento es una carta remitida el 12 de abril desde Alajuela, por el gobernador Joaquín Méndez; corresponde a la carta No. 15 de la Gobernación de la Provincia de Alajuela. Su destinatario era Manuel José Carazo, ministro de Guerra, y apareció cinco días después en la prensa (*Boletín Oficial*, 17-IV-56, No. 184, p. 407). Dice así:

En este momento que son las 12 del día, se recibe en esta Gobernación el parte que remite el Sr. Capitán D. Francisco González Brenes, de que el día 10 del corriente, a las nueve de la mañana, los filibusteros que

estaban en el punto de la “Trinidad” habían subido el río Sarapiquí en tres lanchas al mando de Hipp, y habían tenido el atrevimiento de intentar un desembarque en el sitio llamado “Sardinal” donde ha habido una acción encarnizada con las fuerzas nuestras que allí existían, de una hora próximamente.

La Divina Providencia que favorece en todo a Costa-Rica, ha permitido que los aventureros hayan recibido el condigno castigo de su temeridad; pues han sido derrotados completamente, sin haberse podido escapar más que como unos veinte, de más de ciento que se asegura que eran, los cuales huyeron despavoridos en las mismas lanchas que habían venido.

Por nuestra parte no tenemos que lamentar más que la pérdida de un soldado que pereció en tan gloriosa jornada.

Los heridos son diez, en cuyo número se halla el valiente General que iba al mando de la expedición, Don Florentino Alfaro, al cual, según los informes recibidos, habrá que hacerle la amputación en un brazo, donde recibió una bala.

Tan pronto como se reciba el parte circunstanciado de la acción lo remitiré a US. [ustedes].

Mucho recomiendo a US. se sirva mandar nombrar un capellán para las fuerzas de Sarapiquí, pues es indispensablemente necesario, para que suministre a la tropa los auxilios espirituales.

Para este encargo no hay más Eclesiástico capaz aquí, que el Sr. Presbítero D. Pedro Savorio [Saborío] de esa Provincia.

Sírvase US. dar cuenta con lo expuesto a S. E. el Sr. Vice-Presidente de la República, y admitir que me reitere su atento servidor.

Nótese que en el informe del capitán González al gobernador Méndez hay algunas discrepancias en

relación con el mensaje del teniente Orozco. Uno de ellos es el momento de la batalla, una hora después, aunque esto es de poca importancia; que los filibusteros arribaron en tres lanchas, y no en seis; que murieron unos 80 de ellos; no menciona la piragua que supuestamente fue hundida, sino que los filibusteros retornaron a La Trinidad en sus tres lanchas; y omite a los dos costarricenses desaparecidos. Asimismo, tres datos nuevos son que las lanchas eran guiadas por Wilhelm Hipp; que al general Alfaro había que amputarle el brazo, aunque sin indicar cuál; y que la tropa carecía de capellán.

Por su parte, el tercer documento corresponde a la carta de respuesta del ministro Carazo al gobernador Méndez, que era la No. 46 del Ministerio de Hacienda y Guerra. Fue enviada al día siguiente de recibir la de Méndez, y ambas aparecieron el mismo día en la prensa (*Boletín Oficial*, 17-IV-56, No. 184, pp. 407-408). Reza así:

Ayer a las tres de la tarde recibí con expreso su atenta comunicación No. 15 de la misma fecha, participándome cuanto había ocurrido en el glorioso encuentro de nuestras fuerzas contra los filibusteros en el sitio del Sardinal, el día 10 del corriente a las nueve de la mañana.

Las diversas y multiplicadas órdenes que se debían dictar por este Ministerio, a consecuencia del parte de U., me impidieron darle una inmediata contestación a su citada, y diferirle hasta hoy para manifestarle: que ha sido muy grato al Gobierno y a todos los costarricenses la fausta noticia del triunfo de nuestras armas, adquirido en la memorable jornada del 10 del corriente, en la cual tocó a los valientes alajuelas recoger todos los laureles que ella ha producido, escarmetando con rigor a nuestros enemigos y corroborando la idea que siempre se ha tenido del valor, patriotismo y determinación con que los esforzados hijos de Alajuela saben cumplir con sus deberes y defender sus derechos.

Felicito, pues, en nombre del Gobierno, a los héroes del Sardinal y a la provincia que los ha producido.

Muy sensible ha sido al Gobierno que tan glorioso triunfo se haya comprado con la muerte de un individuo y con la sangre del valiente Comandante D. Florentino Alfaro y nueve soldados más, heridos en aquel memorable día; por tanto, el Gobierno quiere que esa gobernación dicte todas las providencias correspondientes a efecto de aliviar los padecimientos del Comandante Alfaro y de restablecer su importante salud, procurando que se omita, si es posible, la amputación de su brazo, porque con esta operación perdería la patria uno de los más decididos en su defensa.

Quiere así mismo, el Vicepresidente de la República, que U. establezca en esa ciudad un hospital de sangre, en donde deben ser curados, al cuidado del Dr. Frantzius, a expensas del Gobierno y con el mayor esmero, los heridos que vengan de Sarapiquí, para lo cual dará U. todas las providencias que estime por convenientes, en la inteligencia de que el Gobierno está muy interesado en que estos valientes sean bien asistidos y recobren pronto la salud.

Se han dado ya las órdenes para que las tropas de Sarapiquí tengan a su lado un Capellán idóneo que las consuele, y les suministre los auxilios espirituales.

Con toda consideración me repito de U. atento y obsecuente servidor.

Como se percibe, este fue un mensaje de tono elogioso para los vencedores, a quienes denomina alajuelas —como se les conocía entonces—, y de los cuales resalta su proverbial carácter bravío. Aunque no conocemos un documento formal referido a la caracterología o idiosincrasia de los alajuelenses, hasta hoy es común que se aluda a su talante indómito y hasta irreverente, a ese “espíritu rebelde del alajuelense, presto siempre a brincar al primer envite cuando se le amenazaba o avasallaba” (Villegas, 2000). Incluso, por razones que sería extenso relatar aquí,

ni don Juanito era santo de la devoción de los alajuelenses, ni estos sentían mayor agrado en servirlo. Sin embargo, la guerra del 56

demostró que en esa provincia sus moradores sabían hacer justa diferencia entre lo que eran pleitos de campanario y cuestiones de patriotismo, ya que a la hora de la prueba se olvidaron de aquéllos y se pusieron a disposición de la patria con vidas y hacienda (Rodríguez, 2010).⁷

Ahora bien, en cuanto a aspectos concretos de la carta de Carazo, nótese que, aparte de la mención de un posible capellán, hay una referencia particular al médico alemán Alexander von Frantzius, quien residía en Alajuela, donde ejercía como médico de pueblo, que era una especie de servidor comunal, asalariado del Estado (Hije, 2013). Él se había establecido en tan cálida ciudad desde su llegada al país, a inicios de 1854, debido a que padecía de asma. Como se verá posteriormente, poco después viajaría a Sarapiquí para atender al general Alfaro.

Finalmente, el cuarto documento, intitulado *La acción del Sardinal*, vio la luz en el mismo número en que fueron publicadas las misivas de Méndez y Carazo (*Boletín Oficial*, 17-IV-56, No. 184, pp. 408-409). De autor anónimo, es de suponer que lo escribió Manuel Aguilar, codirector de dicho periódico (Blen, 1983), pues el otro codirector era el español Emilio Segura, quien en esos días acompañaba a nuestro ejército en Rivas; de nombre completo Manuel Antonio de Jesús Aguilar Cueto (Villegas, 2013), dicho periodista era hermano de Inés, la esposa de don Juanito. Su contenido es el siguiente:

Fue transmitida oficialmente a todas las provincias la plausible noticia del triunfo de nuestras armas, al mando del General D. Florentino Alfaro en el Puerto del Estero del Sardinal de Sarapiquí, y habiéndose recibido casi a un tiempo la de que el Ejército expedicionario había ocupado los Puertos de San Juan y la Virgen de Nicaragua, las capitales de provincia, por un impuso simultáneo de placer y de júbilo, han celebrado el 13 último, en el día y en la noche, tan marcados sucesos, victoriando constantemente la fuerza de Sarapiquí y la que se halla ya en

⁷ Los autores de estos testimonios son los alajuelenses Guillermo Villegas Hoffmeister (periodista e historiador) y Armando Rodríguez Porras (historiador).

posesión de la ciudad de Rivas. Todo consta de comunicaciones oficiales recibidas en el Ministerio de Gobernación.

Si los costarricenses han manifestado júbilo y entusiasmo por los triunfos obtenidos en Santa Rosa, San Juan y la Virgen, como también por la honrosa ocupación de Rivas, no han hecho menos ovaciones a los héroes del Sardinal. ¿Y cómo había de olvidarse que lanzaron a pique una piragua enemiga con más de veinticinco filibusteros? ¿Cómo no había detenerse presente que sus armas hicieron que otra embarcación quedase sola en poder de Hipp, quien manejando por sí suyo para salvarse?

No es menos digno de eterna memoria el gran número de muertos y heridos de los filibusteros, que los mismos agresores tuvieron necesidad de arrojar al agua para ponerse a cubierto del valor y bravura de la fuerza de Alajuela, que los despedazaba con bazaría.

Los vencedores del Sardinal han evitado que el Ejército triunfante en Nicaragua tenga una disminución, regresando una parte a cubrir los puntos del territorio que pudieran estar débiles; han llenado de confianza a S. E. [Su Excelencia] el General Presidente, y han aumentado el honor de su nombre y de su Patria.

Como se percibe, es un texto laudatorio, pues para entonces ya se habían logrado victorias en Nicaragua, en breves escaramuzas sostenidas en el puerto marítimo de San Juan del Sur y el puerto lacustre de La Virgen, y nuestro ejército se acercaba a Rivas. En realidad, desde el día 11 se había triunfado en esta ciudad, pero las noticias no llegaron a Costa Rica sino cuando ya se estaba cerrando la edición del *Boletín Oficial*; de hecho, estas figuraron en la última página, en un parte remitido desde Rivas por el recién citado Emilio Segura, por entonces secretario personal de don Juanito, junto con el francés Adolphe Marie. Es curioso que mencione que fueron 25 los filibusteros que había en la piragua que les fue hundida, pues esta cifra no aparece en los informes de Orozco ni de González.

EL COTEJO DE TAN CONTRADICTORIAS VERSIONES

Palabras más, palabras menos, existe un aforismo —de paternidad debatible, según se capta en internet—, que expresa algo así como “la verdad es la primera víctima en toda guerra”. Y lo ocurrido en la batalla de Sardinal ilustra a cabalidad esto, según se percibe en las versiones recién transcritas, pues difieren en casi todo, al punto de que ambos bandos incluso se atribuyeron la victoria.

Para comenzar el cotejo de las dos versiones, es pertinente referirse a algunos aspectos cuantitativos, como la cantidad de combatientes en ambos grupos, la cifra de bajas (muertos y heridos) y el número de navíos de que dispusieron.

Al respecto, según el relato filibustero anónimo, en el ejército nuestro había 200 o 300 soldados —250, según Walker—, mientras que en el de ellos la fuerza era de 21 soldados rasos, más los oficiales Baldwin, Green y Rakestraw. En cuanto a bajas, el único muerto fue Rakestraw, y Green el único herido, aunque Walker menciona un herido más, mientras que en el bando nuestro fallecieron entre 30 y 40 soldados —Walker dice que 20—, y no se mencionan heridos.

Al comparar estas cifras con lo manifestado por el jefe militar Rafael Orozco, está bien documentado que en el ejército nuestro había 100 soldados. Además, él le atribuye más de 100 al ejército filibustero —aunque no había manera de contarlos—, de los cuales cuatro murieron en tierra, y muchos —25, según un documento ya citado— en el agua, tras hundirles una piragua en la que estaban; no hay información sobre heridos. Asimismo, en nuestras filas murieron tres combatientes, el cabo 2º Salvador Alvarado, y los soldados rasos Salvador Sibaja y Joaquín Solís, estos últimos dados por desaparecidos (*Boletín Oficial*, 17-IV-1856, No. 184, p. 410). De los heridos, aparte del general Florentino Alfaro y el sargento 1º Manuel Arias, hubo cinco soldados rasos: Manuel María Rojas, Manuel Cabezas, Manuel Morera, Joaquín Arley y Desiderio Quesada. Algunos no eran oriundos del cantón central de Alajuela, aunque posiblemente residían ahí, como ocurrió con Quesada (Grecia), Cabezas (San José), Arley (Cartago) y Sibaja (Concep-

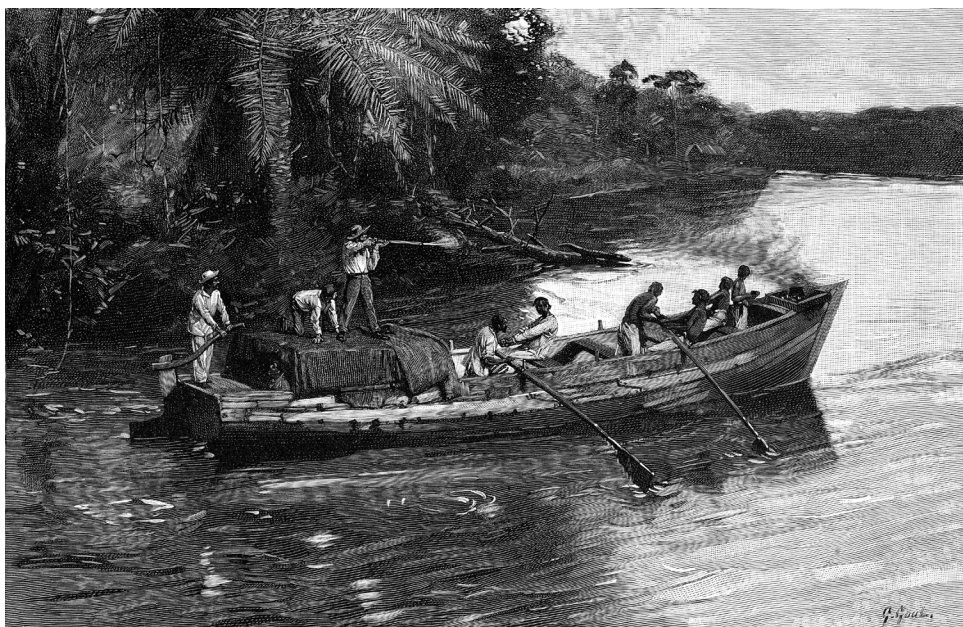


Figura 13. Bote de los que navegaban entonces por el río San Juan.

ción); este último era una localidad, hoy distrito, del cantón de San Ramón, en Alajuela.⁸

En relación con las embarcaciones filibusteras, ellos aseveran que para desplazarse contaron con apenas dos botes (Figura 13), que resultaron insuficientes para transportar la tropa. Sin embargo, Orozco indica que eran seis: cuatro grandes y dos pequeñas.

Ahora bien, en cuanto a algunos aspectos cualitativos, el relato filibustero anónimo asevera que los botes debieron navegar 104 km hasta Muelle. Esta cifra es desmesurada y absurda, pues la distancia entre La Trinidad y Muelle es de apenas 46 km, es decir, menos de la mitad. Y, como hasta el 9 de abril los costarricenses habían avanzado 18 km desde Muelle, ya se hubieran topado por tierra e iniciado la escaramuza.

Otra exageración es que en el citado relato se alude a “unos doscientos mosquetes ingleses que disparaban balas Minié”. En efecto, como está bien documentado (Obregón, 1991), junto con los cañones mencionados al principio, en 1854 nuestro gobierno había comprado a Inglaterra 512 fusiles Enfield P-53, conocidos en nuestro medio como “rifles Minié”, pues disparaban un tipo de bala cónica —inventada entre

1847 y 1849 por el capitán francés Claude-Étienne Minié—, cuyas características le conferían una inmensa potencia, así como un gran alcance efectivo y una notable precisión (Korte, 2017). Sin embargo, puesto que, por ser modernos, eran muy caros y escasos en proporción al tamaño de nuestro ejército, estos fusiles los poseían solo algunos batallones élite que estaban en Guanacaste y Rivas (Korte, 2017). Por tanto, es de suponer que, en efecto, algunos miembros de nuestra tropa dispararon ese tipo de fusil en Sardinal, pero jamás la cantidad mencionada en ese relato.

Otra afirmación desmesurada en dicho relato es que los nuestros caían muertos por cada disparo de ellos, cuando bien se sabe que las armas de entonces no eran tan confiables para acertar en el blanco. Además, se indica que, media hora después, los costarricenses empezaron a recular hacia la montaña y una hora después ya no había ninguno en los alrededores, salvo los cadáveres que quedaron abandonados. Walker (1975) fue más osado, al aseverar que “los costarricenses en derrota no pararon en su fuga hasta San José”, cuando bien se sabe que los nuestros —además de ser de Alajuela y no de la capital— permanecieron unos en Muelle y otros en Cariblanco, por si había una nueva incursión del enemigo.

8 Información suministrada por el historiador Raúl Arias.

En realidad, nunca se conocerá la verdad de lo ocurrido, dada la falta de testimonios totalmente objetivos de ambos bandos. Sin embargo, se debe reconocer que la objetividad le importaba poco a Walker y sus adláteres. Cifras más, cifras menos, la esencia del fantasioso relato filibustero anónimo revela que tenía claros fines propagandísticos.

De manera muy resumida, en él se capta que un minúsculo grupo de valientes se tuvo que valer de apenas dos botes y, en medio de incontables adversidades, en un territorio completamente desconocido, llegar al punto donde había un batallón 10 o 15 veces superior en número, y muy bien armado, para enfrentarlo y derrotarlo en apenas media hora. Y no solo esto. Por si no bastara, en medio del fragor del combate y el olor a pólvora, en la ribera del río Sarapiquí se erguía desafiante el dizque heroico capitán Baldwin, burlón, cínico e imperturbable ante las balas disparadas por torpes costarricenses.

Pero, por supuesto, esto tiene una explicación. Como su empresa expansionista y esclavista era financiada con munificencia por poderosos personajes y sectores de los estados sureños de EE. UU., no debía mostrar signo alguno de debilidad o de flaqueza, y menos de derrota. Por ello, él y sus colaboradores tenían que demostrar que —aunque no fuera cierto— batalla tras batalla lo que conseguían era victorias y victorias, para así garantizarse el continuo financiamiento de su misión. Lo cierto es que su libro *La guerra en Nicaragua* contiene deliberadas inexactitudes y, a veces, burdas mentiras.

Por el contrario, los oficiales de nuestro ejército sí tenían la obligación de enviar partes de guerra a sus superiores, la mayoría depositados hoy en el Archivo Nacional de Costa Rica, además de que en el *Boletín Oficial* —órgano informativo del gobierno— se publicaban casi de inmediato algunos de esos partes y otros documentos pertinentes a la guerra, para que la ciudadanía estuviera debidamente informada. Asimismo, en cuanto a los caídos en combate, el sacerdote Francisco Calvo, principal capellán de nuestro ejército, elaboró dos prolijas listas en las que se especifican los nombres de quienes fallecieron en cada batalla, los cuales aparecen en Trejos (2011).

También, otro elemento que no debe ignorarse es que, desde el inicio de la Campaña Nacional, don Juanito tuvo muy poderosos e influyentes adversarios dentro del país, quienes estaban atentos a cualquier desliz suyo para censurarlo. Tanto fue así que, mientras estaba en Rivas, incluso hubo un complot para derrocarlo, en lo que se denominó la conjuración Iglesias-Tinoco, cuyos cabecillas eran Francisco María Iglesias Llorente y Saturnino Tinoco Cantarero (Obregón, 1991; Montúfar, 2000). Por tanto, estos personajes y otros que después fueron juzgados y castigados, no iban a perder la oportunidad de aprovechar cualquier dato incorrecto o falso del gobierno, para denunciarlo públicamente.

Para concluir esta sección, es pertinente referirse al varias veces citado Wilhelm Hipp, a quien se omite por completo en el relato filibustero anónimo —por razones obvias—, pero sí se le menciona en el parte de guerra del capitán González, nada menos que como el baquiano de la expedición filibustera; cabe indicar que, al ser citado dicho parte en Montúfar (2000), no aparece el nombre de Hipp, lo cual obviamente se debió a un error secretarial, al transcribirlo. Es lógico suponer que Baldwin, quien nunca había navegado el río Sarapiquí, solicitó ayuda a Hipp en tal sentido, quien de seguro lo había recorrido numerosas veces. Se ignora si esta vez lo hizo por su propia voluntad, o por paga.

Cabe acotar que su nombre completo era William Christian Hipp Brixius, nacido en 1827 en Neuwied, en el estado de Renania-Palatinado. Según Jiménez (2018), su familia había migrado hacia Virginia, EE. UU., en 1844. Al año siguiente se mudó a Cincinnati, Ohio y, enlistado en el ejército en 1846, se involucró en la guerra con México. Después de aventurarse a buscar oro en California —donde no tuvo éxito—, llegó a Nicaragua en 1853. Ahí compró un inmenso terreno frente a la desembocadura del río Sarapiquí, donde construyó varios ranchos (Figura 14) y suscribió un contrato con la Compañía Accesoría del Tránsito para surtir con leña sus vapores, como se indicó previamente. Soltero, “buen mozo y sumamente simpático”, como lo describiera su coterráneo Francisco (Chico) Rohrmoser von Chamier (Herrera, 1988), vivía solitario en ese paraje fluvial, hasta que un venturoso día halló al amor de su vida.

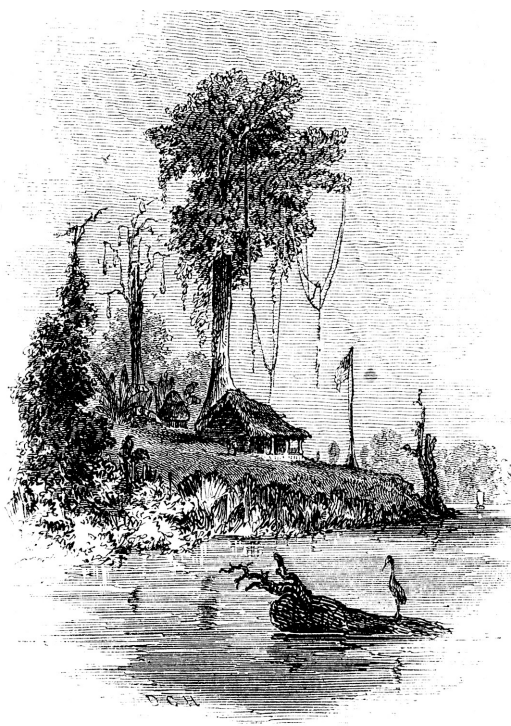


Figura 14. Otro de los albergues de Hipp.

En efecto, a punto de cumplir 30 años, cuando la muy conocida familia Rohrmoser llegó a Costa Rica, en diciembre de 1853, debieron hacer una parada en Punta Hipp; por cierto, con ellos venían los naturalistas Karl Hoffmann, Alexander von Frantzius y Julián Carmiol, al igual que 33 alemanes para una colonia alemana que se establecería en Angostura, Turrialba (Hilje, 2020). A los Rohrmoser los acompañaba su mozo Augusto, junto con su sobrina Franziska Blanche Bibend, de 29 años de edad, “bonita y simpática”, en palabras de don Chico Rohrmoser. Tan rápido fue el enamoramiento mutuo, que cuatro días después se trasladaban a San Juan del Norte, para que un juez los casara. Años después se establecieron en Cincinnati y Kentucky. Procrearon tres hijas (Helena, Emma y Clara) y un varón (Charles). Murió a los 49 años de edad, el 8 de marzo de 1876, en Mount Sterling, Kentucky, mientras practicaba la cacería junto con su hijo adolescente. Sus restos reposan en The Lexington Cemetery, en Lexington, Kentucky.⁹

⁹ Además de Jiménez (2018), esta información proviene de FamilySearch, base de datos genealógicos disponible en internet.

Aunque Hipp decía sentir cariño por Costa Rica (Jiménez, 2018), en parte quizás porque aquí residía Augusto, el tío de su esposa Franziska —a quien tal vez alguna vez visitaron—, ese afecto quedó en entredicho al servirles a los filibusteros en la batalla de Sardinal. Asimismo, tiempo después, con prepotencia, demandó por 30.000 pesos a nuestro gobierno, al considerar que sus bienes habían sido afectados durante los combates en La Trinidad, y que debía ser indemnizado. Este reclamo fue oportuna y debidamente analizado por una comisión binacional, Costa Rica-EE. UU., pero su gestión no prosperó (Obregón (1991).

CINCO ELEMENTOS IMPORTANTES DE LA BATALLA

De los relatos de ambos bandos se coligen varios elementos que ameritan ser explicados o ampliados, sobre todo para lectores no familiarizados con la Campaña Nacional, de modo que se pueda entender mejor la forma en que ocurrió y transcurrió la batalla de Sardinal.

Las dificultades de navegación

Los filibusteros debían navegar aguas arriba, y pareciera que el río estaba crecido en esos días, al punto de que les tomó dos días hacerlo contracorriente, de modo que arribaron a Sardinal el 10 de abril. Al respecto, el caudal del río Sarapiquí es muy cambiante, dependiendo de si hay lluvias intensas y prolongadas por varios días —y hasta por semanas—, lo cual a su vez determina la celeridad con que se le puede recorrer. Por ejemplo, en un testimonio que data de 1853, el viajero alemán Wilhelm Marr acotaba que los 98 km que separan a Muelle de San Juan del Norte —en realidad, 105 km— se podían navegar en 2-8 días río arriba, o en 15-24 horas río abajo, aunque él lo hizo en 10 horas (Marr, 1999).

La presencia de un estero

En el relato de los filibusteros no se menciona que existiera un estero como tal (Figura 15A), sino que tan solo se alude a algunos elementos geomorfológicos que permiten imaginar su existencia. Por ejemplo, se indica la presencia de “un ángulo agudo del río”, en clara alusión a un saliente de la ribera, sin especificar

si era un playón, que son comunes en el río Sarapiquí (Figura 15B), una porción boscosa de la ribera, o una combinación de playón y selva. Asimismo, al dar la vuelta en el citado recodo o punta, un curso de agua

separaba el playón donde desembarcaron los filibusteros del playón opuesto, donde acampaban los costarricenses, de modo que ambas tropas quedaron a apenas unos 25 m de distancia.



Figura 15. Vista aérea de la desembocadura del río Sardinal, con una reconstrucción hipotética (trazada en rojo) del estero donde ocurrió la batalla (A), así como un playón actual, no muy lejano de dicha desembocadura (B). En A, la flecha indica el norte, aguas abajo.

Por el contrario, en el parte del jefe militar Orozco sí se menciona de manera explícita que en la desembocadura del río Sardinal había un estero.

De hecho, el ya citado naturalista von Frantzius había conocido ese punto y, cuando escribió acerca

de la hidrografía del río Sarapiquí, narró que “más abajo, cuando el Sarapiquí se ha vuelto ya navegable, recibe por su flanco izquierdo las aguas de los ríos Sardinal y Tamborcito, que manan suavemente, con poco caudal y forman hermosos esteros” (von Frantzius, 1862; Hilje, 2024). Por cierto, fue el pro-

pio von Frantzius quien documentó que dicho río se llamaba así porque, en una exploración efectuada en 1826 por el alajuelense Miguel Alfaro y un séquito de colaboradores, al toparse con él, no muy lejos de su nacimiento, “atravesó un pequeño río, que corría suavemente, en el cual notó muchos pescaditos; por cuya razón lo llamó Sardinal”.

Hoy, lamentablemente, esos dos esteros no existen. En el caso del río Tamborcito no porta ese nombre, y pareciera corresponder más bien al caño Masaya, a unos 27 km de la boca del Sarapiquí. Por su parte, en cuanto al río Sardinal, es muy probable que en su desembocadura hubiera entonces un amplio banco de arena, cortado en dos por el caño formado al verter sus aguas en el Sarapiquí, y que hubiera en él alguna vegetación herbácea, sobre todo caña brava (*Gynerium sagittatum*), una gramínea alta, que forma grandes macollas, la cual es común en los bordes de dicho río.¹⁰

Sin embargo, poco a poco la ribera ha sido carcomida por la acción erosiva de las corrientes, de lo cual hay abundantes muestras a lo largo del río. Es decir, la erosión hídrica eliminó de manera paulatina los dos playones que le daban la configuración al estero (Figura 16A); hoy quedan apenas vestigios de dichos arenales. Cabe destacar que las aguas del río Sardinal son lénticas o remansadas, así como de aspecto cenagoso y tonalidad oscura, muy contrastantes con las del Sarapiquí, que son amarillentas, debido especialmente al aporte del río Sucio, cuyas aguas son ricas

en minerales de hierro y azufre reducidos que, como resultado de la actividad de bacterias —entre las que predominan varias especies del género *Gallionella*— y mediante procesos de oxidación, dan origen a la formación de minerales que le confieren una tonalidad herrumbre (Arce-Rodríguez *et al.*, 2017).

Asimismo, el efecto de la erosión hídrica es tan constante, que en años recientes ha socavado y eliminado la porción frontal de una pequeña loma que se yergue poco después de la desembocadura del río, al igual que las paredes de la ribera cercanas a ésta (Figura 16B). Es de suponer que la parte superior de esta colina corresponde a la meseta citada en el relato de los filibusteros, en el cual se describe que “nueve de sus soldados treparon por la alta y resbaladiza ribera del río, para alcanzar la meseta”. Es decir, era un punto prominente, de unos 10 m de altura, y algo aplanado, una especie de atalaya selvática desde la cual se podía disparar con mayor facilidad contra nuestra tropa. Hemos subido varias veces a esa loma —que hoy es parte de un amplio potrero—, desde la cual se tiene una panorámica ideal de lo que otrora fuera el estero del río Sardinal.

Ahora bien, para retornar al estero, un hecho muy revelador es que, al desembarcar los filibusteros en el playón ubicado aguas abajo e iniciarse poco después los fuegos entre ambos bandos, el estero representó un serio obstáculo que “nos impedía entablar lucha con otra arma”, en palabras de Orozco. De manera implícita, esto significa que el caño existente entre



Figura 16. Vista parcial del área donde otrora estuvieron los playones del estero (A), así como la desembocadura del río Sardinal y la loma que escalaron los filibusteros, hoy erosionada (B).

10 Identificación realizada por el botánico Quirico Jiménez.

los dos playones —quizás de unos 2 m de profundidad— imposibilitaba desplazarse para pelear cuerpo a cuerpo con las bayonetas de sus fusiles y con sus machetes.

Al respecto, hubo muestras inequívocas de audacia y destreza en la batalla de Santa Rosa cuando, en cierto momento, nuestros compatriotas dejaron de disparar y saltaron los corrales de piedra donde se parapetaban los filibusteros, para atacarlos con las bayonetas de sus fusiles. Igualmente, en La Trinidad, en diciembre de 1856, poco después de iniciada la batalla, *“pasaron al ataque a la bayoneta, cosa en que eran muy diestras y aterrorizaban a los filibusteros”* (Korte, 2017). Aunque sus rifles Mississippi estaban equipados con bayoneta, éstos *“no tenían entrenamiento en el uso de esa arma”*, mientras que los costarricenses eran sumamente hábiles, quizás por la pericia con que manejaban su machete en sus habituales faenas agrícolas, así como los chuzos en la conducción de sus bueyes.¹¹

Conviene indicar que las armas de fuego de los dos ejércitos eran diferentes, acerca de lo cual hay una amplia e instructiva explicación técnica e histórica en Korte (2017).

En el caso de los filibusteros, en el relato de ellos se menciona el uso de mosquetes y revólveres Colt. En cuanto a estos últimos, fueron los filibusteros quienes los trajeron a Centroamérica, y eran ideales para confrontaciones a distancias cortas, sobre todo en entornos urbanos, como la ciudad de Rivas (Korte, 2017).

En relación con las armas largas, dicho autor indica que aunque en el relato de los filibusteros se utiliza el término mosquetes, no lo eran; con ese término se conocía un arma antigua, muy larga y pesada, de ánima lisa —cañón simple, sin estrías ni relieves internos—, que disparaba balas de plomo redondas, cuya dirección era poco estable una vez que salían del tubo. En realidad, los de ellos eran los denominados Yauger o Yawgar, después llamados rifles Mississippi (calibre 0,54”). En el caso de los costarricenses, unos pocos portaban fusiles Enfield P-53 o “rifles Minié” (calibre 0,58”) (Figura 17A), en tanto que la mayoría tenía rifles Brown Bess (calibre 0,75”), que sí era un tipo de mosquete, que corresponde al célebre fusil “de chispa” (Figura 17B); el calibre alude al ancho del tubo o cañón (en pulgadas).

Es oportuno mencionar que, en febrero de 1856, antes de que se iniciara la guerra, se efectuó una compra de otros 2000 rifles Minié, pero no llegaron a tiempo (Obregón, 1991); eso sí, serían utilizados en la segunda etapa de la Campaña Nacional, para los combates en tierra, en Nicaragua, más no así en el río San Juan. Al respecto, es muy revelador el testimonio del jefe militar Máximo Blanco, quien se lamentaba de que el armamento del batallón de vanguardia que marchó hacia el río, bajo su liderazgo, consistía en fusiles de chispa (Korte, 2017). No obstante, para fortuna de los nuestros, Blanco relata que cuando incautaron el vapor *Virgen*, hallaron “cuatrocientos rifles imitando a los de Minié”, que Korte cree que podrían ser “de las primeras versiones norteamericanas del P53 [Enfield P-53]”; a tan cuantioso botín se



Figura 17. Aspecto del fusil Enfield P-53 o Minié (A) y del Brown Bess o fusil de chispa (B).

11 Información aportada por Werner Korte, experto en armas.

sumaron “dos obuses pequeños y dos cañones de a 3 [libras] de bronce, y muchas cajas de parque, todo nuevo y bien acondicionado”.

Conviene aquí un paréntesis para indicar que el fusil de chispa era bastante largo, pues medía metro y medio. Su nombre proviene de que, para que prendiera fuego la pólvora que propulsa la bala al jalar y soltar el disparador (gatillo), como su parte superior (pie de gato) tenía insertado un trozo de pedernal o sílex —un tipo de cuarzo—, éste hacía fricción con la pieza rígida colocada al frente (rastrillo) y generaba la chispa necesaria para encender la pólvora; la bala redonda estaba en la punta de un cartucho de papel, junto con la pólvora, el cual se insertaba por la boca del cañón mediante una varilla o baqueta.

Aunque con este fusil podía dispararse desde 600 m de distancia y dar en el blanco, esto era poco probable, de modo que se malograban muchos disparos y se desperdiciaban las respectivas balas. En realidad, su alcance eficaz era de unos 100 m, bastante inferior al de los rifles Mississippi y Enfield P-53, que era de 300 a 500 m.¹²

En todo caso, para entender lo acaecido en la batalla aquí analizada, lo cierto es que las cuatro armas empleadas por unos u otros tenían suficiente alcance en un entorno bélico tan pequeño como el estero del río Sardinal.

La forma de ataque de los filibusteros

Un elemento a destacar fue la manera en que atacaron los filibusteros. Al respecto, el jefe militar Orozco narra que “se presentó el enemigo, parte por tierra y parte en cuatro embarcaciones grandes y dos pequeñas, [...] y favorecidos por los de tierra intentaron el desembarco que nosotros tratamos de impedir, empujando una terrible lucha al arma de fuego”.

Al tratar de interpretar lo aquí narrado, pareciera que, con gran astucia, Baldwin había hecho descender de las embarcaciones una columna para que avanzara por tierra y, ya cerca del estero, empezara a disparar, no solo para matar a algunos costarricenses, sino que también para que nuestros combatientes volvieran su vista hacia ese sector y se concentraran ahí. De esta manera, los filibusteros que permanecían en las

embarcaciones —que nuestros soldados no habían visto hasta ese momento, pues el enemigo no se había asomado al recodo del playón de aguas abajo— pudieron desembarcar en éste y, una vez ahí, dispararon desde tierra firme. Esto último era clave, pues si el río estaba crecido, la inestabilidad de las naves dificultaba mucho disparar con acierto, de modo que más bien podían convertirse en blanco fácil de los nuestros.

En síntesis, se trataba de lo que en el lenguaje militar se conoce como un “movimiento de pinza”, para cercar a toda nuestra tropa a fuego cruzado desde tierra y agua, y así aniquilarla. Sin embargo, del relato filibustero anónimo se colige que no hubo tal estrategia o previsión, sino que primó la improvisación.

En efecto, ellos ignoraban por completo dónde estaba la tropa costarricense y, al observar la humareda que emergía del bosque, actuaron con celeridad, al punto de que, una vez que tuvieron a la vista a los nuestros y antes de que tuvieran tiempo de reaccionar, vaciaron sobre ellos las municiones de sus rifles y sus revólveres Colt. Fue después de esto —y no antes— que, en medio del desconcierto, nueve filibusteros escalaron la loma adyacente al estero, para disparar desde ahí.

Asimismo, no está claro si ya habían llegado a la cima cuando más bien fue una cuadrilla de costarricenses —que desde muy temprano había continuado abriendo la picada aguas abajo— la que se devolvió y empezó a disparar “desde la retaguardia de los estadounidenses”, protegida por la espesura. Esto permite entender que fue entonces cuando, confundida, la tropa filibustera “luchó a derecha e izquierda”, o sea, respondiendo de manera simultánea a los dos flancos.

Es decir, no pareciera que lo ocurrido fuera un “movimiento de pinza”, sino simplemente un incesante fuego cruzado entre ambos bandos. Los filibusteros dispararon desde el playón de aguas abajo y la loma contigua al estero, mientras que los costarricenses lo hicieron desde el playón de aguas arriba y la propia ribera del río, cerca del punto de avance de la picada que estaban haciendo. Más bien, sorprende que en un espacio tan reducido no hubiera más muertes, a juzgar por los datos más medidos de ambos bandos.

12 Información aportada por Fernando Leitón, experto en armas.

Finalmente, una duda que subsiste es por qué, si los integrantes de la cuadrilla que trabajaba en la pica-da estaban adelantados, río abajo, no dispararon a los filibusteros cuando éstos se aproximaban a la desembocadura del río Sardinal; cabe suponer que, por estar ocupados macheteando, no portaban sus pesados fusiles. En realidad, tenían la ventaja de poder disparar desde tierra firme, con mejor puntería y certeza que el enemigo, además de estar protegidos por la vegetación. De haberlo hecho antes de que los mercenarios desembarcaran en el playón, es muy posible que la batalla hubiera abortado pronto, sin bajas que lamentar en nuestras filas.

Lo ocurrido después de la batalla

Una cuestión muy importante es lo sucedido tras la batalla, pues ambos batallones regularon después de más o menos una hora de refriega.

En el caso de los filibusteros, su relato señala que “la prudencia dictaba retirarse” y que “tras permanecer un rato en el campo, el repliegue se ejecutó en buen orden”, para después calificar esa supuestamente exitosa batalla “como algo sin paralelo en los anales de la guerra”. El uso del término “prudencia” pareciera implicar temor a exponerse. Si lo aconsejable era abandonar el escenario de batalla, era quizás porque no querían perder más vidas, porque no tenían suficientes municiones para enfrentar a un batallón diez veces superior y con mucho mayor poder de fuego —según su relato—, o porque se sentían satisfechos con el logro de su objetivo estratégico-militar, que era evitar que los desalojaran del territorio de Costa Rica, y afianzarse en La Trinidad, como en realidad sucedió.

Por su parte, en cuanto a los costarricenses, quizás también habían logrado su objetivo militar, que era evitar que los filibusteros penetraran hasta el Valle Central, aunque —como lo discutimos al principio— creemos que ese no era el plan real de Baldwin y su batallón. Por tanto, es de suponer que después de enterrar a Salvador Alvarado y buscar en los alrededores a los extraviados Salvador Sibaja y Joaquín Solís, viajaron hacia Muelle, para que el médico Lucas Alvarado Quesada curara a los siete heridos; es de suponer que estos fueron transportados en camillas hechizas, que consistían en una sábana que, a mane-

ra de cama, colgaba de un tronco llevado sobre sus hombros por dos soldados.

Sin embargo, pareciera que no había medicamentos ni implementos suficientes para curarlos a todos, por lo que era preferible llevarlos hasta la lejana Alajuela. Así se percibe en las palabras del jefe militar Orozco, quien en su parte manifestó que “el señor General [Alfaro], gravemente dañado, se ha dirigido hoy mismo para el interior, acompañado por el señor Cirujano y el Teniente Evaristo Fernández, y una escolta que ha ido a conducirlo a él y los otros heridos, con lo cual queda muy disminuida esta fuerza hasta el número sólo de ochenta hombres”. Es decir, poco después de que los heridos llegaron a Muelle para que los curara el médico de la tropa, fueron enviados a Alajuela, a unos 75 km. ¡Cuántas penurias debieron sufrir en esa escabrosa trocha de montaña, tan extensa, angosta, lodosa y peligrosa! (Figura 18). Al final, en Muelle permanecieron 77 soldados, pues en la comitiva iban los siete heridos, 14 soldados que los cargaban, el médico y el teniente Fernández como oficial.

Se ignora por cuánto tiempo se mantuvo ese batallón en Muelle y Cariblanco, alerta ante el riesgo de una contraofensiva filibustera, que nunca ocurriría. Según Obregón (1991), con la descomunal y pavorosa crisis sanitaria suscitada por la epidemia del cólera morbus en el interior del país —que aniquiló al 10% de la población del país— se suspendió toda actividad militar, y la tropa regresó a Alajuela.

El auxilio médico para ambos bandos

Finalmente, dada su importancia esencial en cualquier confrontación bélica, es pertinente referirse al apoyo médico que recibieron ambos bandos.

En el caso de los filibusteros, no hay mención de que contaran con algún cirujano, lo cual denota —de manera implícita— que, de ser así, su objetivo era confrontar y repeler a la tropa nuestra y devolverse a La Trinidad. Invadir el país hasta el Valle Central, aparte de los encuentros bélicos que inevitablemente habrían de sostener, implicaba atravesar un centenar de kilómetros colmados de peligros, en lo cual era imprescindible el auxilio de al menos un médico.



Figura 18. Vereda de montaña, posiblemente parecida en tramos al antiguo camino de Sarapiquí.

Por su parte, en el caso de los costarricenses, aunque en los partes existentes nunca se le menciona por su nombre, pudimos determinar que el médico fue Lucas Alvarado Quesada, gracias a que en octubre se le hizo un pago por los servicios prestados. En efecto, suscrito por don Juanito Mora, en un mensaje se le solicitaba a la entidad pertinente que se le cancelara “la suma de 180 pesos y seis reales, y el importe de las medicinas que condujo y consumió como Cirujano del Ejército en la expedición a Sarapiquí” (Archivo Nacional- Hacienda- 10183, 10-X-1856, f. 81). Conviene indicar que Alvarado era oriundo de Cartago, y por entonces frisaba los 36 años, pues nació en 1819; se había graduado de médico en la Universidad de San Carlos, Guatemala, además de que fue miembro del Congreso antes de la guerra.

Durante el conflicto bélico quizás residía en Alajuela, y por eso se le reclutó. O, tal vez, se le llamó para que asumiera el puesto de cirujano del ejército en vez de su colega von Frantzius, quien sí vivía en Alajuela —como se indicó previamente—, pero quizás debido a su padecimiento de asma se le eximió de fungir como cirujano militar.

En todo caso, cuando el doctor Alvarado examinó con cuidado al general Alfaro, determinó que había que cercenarle el brazo herido, según lo comunicó el capitán Francisco González al gobernador Méndez. Al conocerse este dictamen en la capital, el ministro Carazo solicitó a Méndez preocuparse por la salud de Alfaro y le indicó que, hasta lo posible, se evitara amputarle el brazo herido. Obviamente, Méndez no podía hacer más que transmitir este deseo. Sin em-

bargo, enterado de la urgente situación del jerarca militar, su hermano José María (Figura 19A), que había gobernado el país en dos períodos (1842-1844 y 1846-1847) y que radicaba en Alajuela, buscó a von Frantzius (Figura 19B) para que auxiliara al herido.

Puesto que a Florentino lo traían para Alajuela, ellos lo toparon en La Virgen, donde el médico alemán operó con éxito su brazo —aunque nunca recuperó totalmente sus habilidades—, sin tener que amputarlo (Fernández, 1980; 2008).

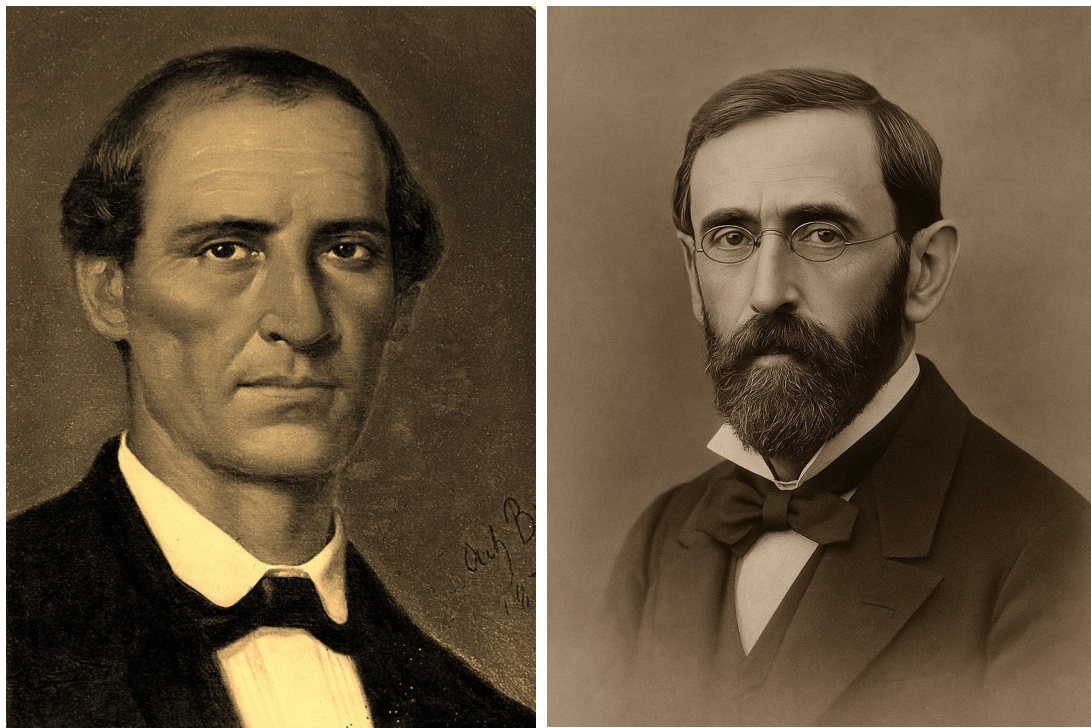


Figura 19. José María Alfaro (A) y Alexander von Frantzius (B).

Para concluir, von Frantzius fue debidamente compensado por sus labores como médico militar, lo cual ocurrió en julio de ese año, cuando cobró “las cuentas que me debe el Supremo Gobierno de la República por servicios prestados durante la campaña próxima pasada a los heridos de Sarapiquí y Puntarenas” (Archivo Nacional- Guerra- 8663, 29-VII-1856, f. 9). Cabe indicar que él también estuvo un tiempo en Puntarenas, atendiendo heridos de la batalla de Rivas, que eran transportados en barco desde San Juan del Sur hasta dicho puerto.

CONSIDERACIONES FINALES

Como se indicó al principio de este artículo, hay una sensible escasez de información fidedigna y verificable acerca de lo ocurrido en la batalla de Sardinal, lo cual impide arribar a conclusiones plenamente confiables.

En tal sentido, nuestras minuciosas búsquedas en las bases de datos y los ficheros del Archivo Nacional, así como en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, fueron poco fructíferas. Asimismo, en cuanto a obras escritas, Montúfar (2000), quien vivió en aquella época, destinó apenas seis páginas de su libro a este episodio bélico, de las cuales cinco corresponden a tres de los cuatro documentos clave —los de Orozco, Méndez y Carazo— transcritos en el presente artículo; es decir, es muy poco lo que agrega de cuenta propia. Por su parte, Obregón (1991), quien escribió la obra más comprensiva acerca de la Campaña Nacional, le dedicó tan solo tres páginas, basado en dichos documentos, e igual sucede con Arias (2007) y Rodríguez (2010), que no incluyen información novedosa. Finalmente, Núñez (2006) también compila tres de los cuatro documentos clave —los de Orozco, Méndez y el del autor anónimo—, sin anotaciones adicionales.

A pesar de dicha limitante, el cotejo de este acervo información con la narración de un cronista filibustero de nombre desconocido (Anónimo, 1856), hoy compilada en Arias y Ortiz (2012), más nuestras recurrentes visitas al sitio, nos han permitido reconstruir de mejor manera lo realmente acontecido en la batalla de Sardinal. En cuanto a ese escritor anónimo, en un comentario del reputado y extinto historiador nicaragüense Alejandro Bolaños Geyer acerca de ese relato, acota que “el autor del dibujo y del correspondiente reportaje, parece no ser otro que el capitán A. J. Morrison”.¹³ Es posible que se trate de Andrew J. Morrison (1828-1907), a quien Jiménez (2018) califica como “corresponsal de guerra y excelente dibujante”, así como colaborador ocasional de la revista *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*.

Es pertinente destacar que aún subsisten dudas acerca de dos cuestiones importantes, contenidas en una tajante aseveración del connotado historiador Ricardo Fernández Guardia, cuando en 1924 tradujo y editó el varias veces citado libro de Walker (1975). En efecto, de manera muy lacónica, en una nota al pie, él sentenció que “los filibusteros se retiraron a la Punta Hipp, o La Trinidad, y los costarricenses al Muelle de Sarapiquí. El encuentro del Sardinal fue de poca importancia y ambos adversarios se atribuyeron la victoria”.

En realidad, aunque es cierto que ambos bandos se adjudicaron el triunfo, como se ha mostrado en el presente artículo, es claro que —por confesión propia—, fueron los filibusteros los que, “por prudencia”, abandonaron el teatro de combate una hora después de iniciada la confrontación armada, además de que tuvieran más bajas.

Ahora bien, más allá del conflicto bélico *per se*, habría que valorar los beneficios estratégico-militares de la batalla. Es decir, si el resultado final satisfizo los objetivos que cada bando tenía antes de que ésta se iniciara.

En tal sentido, en el caso de los filibusteros, parece claro que su objetivo no era invadir Costa Rica a profundidad, pues era absurdo hacerlo con 20 o con

100 soldados —dependiendo de la versión que se adopte—, sino quizás escarmentar a los costarricenses y garantizarse la posesión de La Trinidad, un punto estratégico del territorio nacional, por ser la única vía de acceso a Costa Rica desde el Caribe. Eso lo lograron, aunque de manera temporal —como se verá pronto— y a un costo en vidas que se podrían haber ahorrado si hubieran permanecido donde estaban.

Por su parte, en el caso de los costarricenses, aunque historiadores como Obregón (1991) y Montúfar (2000) argumenten que su objetivo era desalojar a los filibusteros de donde estuvieran, para evitar una invasión a ciudades del Valle Central, este planteamiento no está sustentado en ningún documento oficial conocido.

Por el contrario, los hechos reales permiten entrever que la misión encomendada al batallón alajuelense no era de carácter confrontativo, sino preventivo. Es decir, se trataba de acercárseles todo cuanto fuera posible para vigilar sus movimientos y, solo en caso de que ingresaran en el territorio nacional, se les combatiría con las armas, como en realidad ocurrió. Esto explica que la tropa estuviera integrada por apenas un centenar de soldados, que no tuviera ninguna embarcación —que, tarde o temprano, sería imprescindible, si ellos se establecían en La Trinidad— y careciera de capellán; de manera implícita, en un pueblo tan católico, esto último sugiere que la misión sería de corta duración y poco riesgosa.

Al respecto, es ilustrativo comparar esto con lo que acontecía en los preparativos para la batalla de La Trinidad, acontecería ocho meses después, y que sí tenía carácter confrontativo. En efecto, en este caso —como lo demandaba la situación— se enviaron, separados por 12 días, sendos batallones de 200 (vanguardia) y 500 hombres (retaguardia), al mando del sargento mayor Máximo Blanco Rodríguez y el general José Joaquín Mora Porras, respectivamente, a quienes se unió Sylvanus Spencer, otrora empleado del magnate Cornelius Vanderbilt, dado que conocía al dedillo el río San Juan y los movimientos de los vapores (Obregón, 1991; Montúfar, 2000). Además, ingresaron al río San Juan por la región de San Carlos, justamente para evitar que los atacaran los filibusteros, si ellos llegaban por el río Sarapiquí.

¹³ Comentario disponible en internet, sin fecha. Cabe indicar que, aunque el dibujo está firmado por J. Hellawell, en la propia revista se indica que era frecuente recibir bocetos que después eran completados por otros artistas.

Sobre dicha batalla, librada el 22 de diciembre, hay minuciosa información en el diario que escribiera el jefe militar Blanco (Korte, 2017). En él se capta lo bien instalado que estaba el enemigo, incluso con trincheras y cañones, pero aun así se les derrotó de manera relativamente rápida, tras lo cual ese mismo día una tropa navegó en botes hasta el puerto de San Juan del Norte, donde incautaron los primeros vapores de Walker. Además, en las semanas y meses subsiguientes se capturaron más vapores, al igual que se tomaron el Castillo Viejo y el fuerte de San Carlos. Sin embargo, el enemigo contraatacaría con abundantes municiones y cañonazos desde el vapor *Rescue*, el 13 de febrero de 1857, lo cual provocó la derrota de los nuestros, así como la retirada de Blanco hacia la capital, aunque el 9 de abril se recuperaría de nuevo, como se narra en detalle en Hilje (2023).

Obviamente, en términos estratégico-militares, la batalla de Sardinal tuvo un modesto alcance, y no se le puede comparar con la primera acaecida en La Trinidad, que representó el principio del fin de Walker, hasta su rendición en Rivas el 1° de mayo de 1857, cuando ya los ejércitos centroamericanos se habían aliado al de Costa Rica. Sin embargo, y en esto discrepamos del historiador Fernández Guardia, fue importante porque representó la segunda expulsión del enemigo del territorio nacional —había penetrado unos 28 km—, dado que la primera ocurrió el 20 de marzo de 1856, en la batalla de Santa Rosa. Además, tuvo un gran valor simbólico, pues desde el punto de vista anímico reafirmó la certeza de que Walker y sus partidarios no eran invencibles, a pesar del continuo y munificentemente apoyo económico de muy poderosos individuos y sectores políticos de los estados esclavistas sureños de EE. UU.

Estos hechos explican y justifican que, a partir del 7 de abril de 2014 y mediante el decreto oficial No. 38322, el gobierno de Costa Rica estableciera que, en conmemoración de la batalla de Sardinal, el 10 de abril sea considerado como el Día de la Identidad Cultural de Sarapiquí (Santana, 2022), festividad que se realiza con gran patriotismo y alegría cada año.

AGRADECIMIENTOS

Dedico este artículo a la memoria de Raúl Aguilar Piedra, Juan Durán Luzio y Manuel Carranza Vargas,

colegas de afanes, así como varias veces compañeros de ruta en las espléndidas e infinitas aguas del río Sarapiquí.

Agradezco a León Santana Méndez, Pedro Rojas Guzmán, Vanessa Rodríguez Rodríguez y Paula Rodríguez Vargas (Municipalidad de Sarapiquí) su apoyo logístico para visitar Sardinal varias veces. Asimismo, a Rafael Orozco Reyes, Werner Korte Núñez, Fernando Leitón Meneses, Raúl Arias Sánchez, Maribel Jiménez Montero, Ana Isabel Herrera Sotillo, Nelson Arroyo González, Armando Vargas Araya y Elizabeth Fonseca Corrales, la valiosa información aportada. A Theresa White, la revisión del resumen en inglés.

En cuanto a las ilustraciones, unas pertenecen al autor del artículo (1, 4, 5, 6B, 8, 10A-B, 11A-B, 15B, 16A-B, 18, 19B), mientras que otras provienen de los archivos del Museo Histórico Cultural Juan Santamaría (2A-B, 7A, 9, 12, 19A), aportadas por Antonio Vargas Campos; otras a la Municipalidad de Sarapiquí, dos tomadas por Elvin Hernández Loría (3, 6A) y una por Kevin Gutiérrez Salas (15A); y tres (7B, 13, 14) del libro *Tropical travel*, de Juan Carlos Vargas (Editorial de la Universidad de Costa Rica). También hay dos de dominio público, tomadas de internet (17A-B), las cuales fueron seleccionadas por el experto Werner Korte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anónimo (1856). Junction of the Serapiquí [sic] with the San Juan. *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* 28(2), 21-22.
- Arce-Rodríguez, A., Puente-Sánchez, F., Avendaño, R., Libby, E., Rojas, L., Cambronero, J. C., Pieper, D. H., Timmis, K. N., Chavarría, M. (2017). Pristine but metal-rich Río Sucio (Dirty River) is dominated by *Gallionella* and other iron-sulfur oxidizing microbes. *Extremophiles*, 21(2), 235-243.
- Arias, R. (2007). *Los soldados de la Campaña Nacional (1856-1857)*. Colección Biblioteca del Cincuenta y Seis, No. 2. EUNED.
- Arias, R. y Ortiz, M. (2012). *Crónicas periodísticas de la Campaña Nacional: Costa Rica y Estados Unidos 1855-1860*. Arena Transamérica.
- Blen, A. (1983). *El periodismo en Costa Rica*. Editorial Costa Rica.

- Doubleday, C.W. (1886). *Reminiscences of the "filibuster" war in Nicaragua*. G. P. Putnam's Sons.
- Dowe, J. L. y Hilje, L. (2023). Las exploraciones botánicas de Hermann Wendland en Centroamérica (1856-1857). II. En la región de Sarapiquí, Costa Rica. *Revista Comunicación* 33 (1), 76-111.
- Fernández, R. (1980). *Cosas y gentes de antaño*. EUNED.
- Fernández, R. (2008). *Espigando en el pasado*. EUNED.
- Greene, L. (2012). *El filibustero: la carrera de William Walker*. EUNED.
- Herrera, E. (1988). *Los alemanes y el estado cafetalero*. EUNED.
- Hilje, L. (2013). *Trópico agreste: la huella de los naturalistas alemanes en la Costa Rica del siglo XIX*. Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- Hilje, L. (2014). Aquella inexplorada región de San Carlos. *Revista Herencia* 27(1-2), 77-110.
- Hilje, L. (2020). *La bandera prusiana ondeó en Angostura*. Instituto Costarricense de Electricidad.
- Hilje, L. (2023). Aguas de libertad: los ríos del norte de Costa Rica en la Campaña Nacional de 1856-1857. *Revista Comunicación* 32(2), 59-107.
- Hilje, L. (2024). *Detrás de la Cordillera. La región norteña de Costa Rica en el siglo XIX, según Alexander von Frantz*. Junta Administrativa del Archivo Nacional.
- Jamison, J.C. (1909). *With Walker in Nicaragua*. E.W. Stephens Publ. Co.
- Jiménez, Y. (2018). *Diccionario biográfico del filibusterismo*. 2 vol. Editorial Costa Rica.
- Korte, W. E. (2017). *Los diarios de la Campaña del Tránsito y la otra cara de la moneda*. EUNED.
- León, J. (1997). *Evolución del comercio exterior y del transporte marítimo de Costa Rica: 1821-1900*. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Marr, W. F. (1999). Viaje de un empresario. En: *Viajeros por el Sarapiquí*. pp. 1-20. Aguilar, R. (ed.). Colección Ruta de los Héroes No. 2. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Montúfar, L. (2000). *Walker en Centroamérica*. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Núñez, F. M. (Comp.). (2006). *Proclamas y mensajes*. Comisión de Investigación Histórica de la Campaña Nacional 1856-1857. Sesquicentenario 1856-2006. Editorial Costa Rica.
- Obregón, R. (1991). *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Roche, J. J. (2006). Historia de los filibusteros. En: *La Campaña Nacional contra los filibusteros en 1856 y 1857*. pp. 121-329. Calvo, J.B. (ed.). Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Rodríguez, A. (2010). *Juan Rafael Mora Porras y la guerra contra los filibusteros*. 3 ed. Eduvisión.
- Santana, L. (2022). *Sarapiquí: memoria y morismo*. Editorial Academia Morista Costarricense.
- Scroggs, W. O. (1916). *Filibusters and financiers: the story of William Walker and his associates*. The Macmillan Co.
- Trejos, J. (2011). *La Iglesia Católica en la Campaña Nacional (1856-1857)*. EUNED.
- Villegas, G. (2000). *Bajo los mangos; historias y cuentos de Alajuela*. EUNED.
- Villegas, M. A. (2013). El primer litigante: Don Manuel Aguilar Chacón, primer abogado costarricense que ejerció la profesión en el país. *Revista de Ciencias Jurídicas* 131, 141-154.
- von Bülow, A. (1854). *Informe sobre el camino y la navegación del río "San Carlos"*. Imprenta de la Paz.
- von Frantz, A. (1862). La ribera derecha del río San Juan; hasta ahora una parte casi completamente desconocida de Costa Rica. *Anales del Instituto Físico Geográfico* 5, 105-119.
- Wagner, M. y Scherzer, C. (1974). *La República de Costa Rica en Centro América*. Serie Nos Ven No. 2. 2 vol. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- Walker, W. (1975). *La guerra en Nicaragua*. EDUCA.
- Wells, W. V. (1856). *Walker's expedition to Nicaragua: A history of the Central American war; and the Sonora and Kinney expeditions*. Stringer & Townsend.